

## Tres poemas

### Arquitectura

Si magro el cuerpo para tanto gozo  
el alma ¿adónde si no es en el cuerpo?

El de perfecta ingeniería de células y venas  
el de la sinfonía coral de linfa y sangre  
navegando la red fluvial de las arterias  
desde la baba del bebé hasta el jugo  
menstrual que al ritmo de la luna danza.

La leche en el pezón desborda  
la blanca leche de la gloria.

Y el alto jazminero se derrama.

El cuerpo de públicas llanuras  
el que relumbra como el que se pudre  
el cofre donde se pliega el alma  
como la seda fina con el aroma  
del azahar de pie. El del diseño  
exacto aun para los feos. Templo  
donde amantes y amados tejen el nudo  
inaugural de los enigmas. El de la fiesta.  
El que la anuncia y el que la despide.  
El que le guarda el eco. El que camina  
derecho hacia la niebla y la penetra  
con todas sus antorchas encendidas.

### El bautismo

La mano desembarca en la piel y la bautiza,  
los dedos húmedos desbordan el borde  
mercurial de su termómetro, abren  
de par en par labio y garganta  
para el beso y el canto, el suspiro  
la queja y el aullido, desatan  
todo nudo, destraban los cerrojos, giran  
a la intemperie sin eje sin norte  
sin oriente, jadean una carrera  
sin ruta cierta ni señales  
para arribar a la saciada gruta de la sed,  
la cóncava, la única anhelada  
que horizontal repara la fatiga,  
aduerme la vigilia, asciende  
las almohadas, las sábanas desata,  
le pica las espuelas al ojo al labio,  
a la oreja, al olor, la mano,  
el codo, el tobillo y la huella del pie,  
y en clave de plumaje los sostiene.

## Canto

No nombraré aquí a la desdichada  
la que no atiende teléfono ni timbre  
la que nunca escucha, la vieja  
la sorda la ciega la pelada  
la que tiene la cara de palo  
(así la viera Circe Maia un día)  
la desdentada la sin labio  
ni paladar ni lengua ni garganta  
la muda  
“la indefinible  
la que no es presencia ni paisaje  
muralla del misterio” dijo Juana Fernández  
de Ibarbourou en letras de PERDIDA  
(y pocos o muy pocos la leyeron)  
la imposible  
la que no es o es  
la mariposa negra que a Marosa di Giorgio  
la mirara o tal vez era Dios el que veía  
porque era difícil y era fácil el ojo de Marosa  
miraba las cosas desde atrás y de costado  
desde arriba y desde abajo las miraba  
como nosotros miramos las noches y los días  
como si fueran un agujero como un agujero  
que hace en la ropa la polilla  
como el agujero que hace en la ropa la polilla  
y cada vez se agranda un poco más y a veces  
también se mete el dedo sin saber ni cómo ni por qué  
pero metemos y el agujero se agranda cada vez  
nunca se zurce ni se tapa ni se cubre  
porque huérfanos somos todos un momento  
a veces huérfanos del aire o del suelo que pisamos  
perdimos también la música del fuego y el agua perderemos  
no quiero no por eso aquí nombrarla  
–cantar quisiera pero el canto escapa–  
dejar en testamento un verbo a conjugar

que no llevara de modo irremediable  
al “arrabal de senectud” porque allí vamos  
con rumbo y paso cierto y yo quiero cantar  
–desafinado– pero canto cantar  
lo que se palpa lo que vibra palpita  
llora y goza todo aquello que suda  
se estremece gime se encrespa y enardece  
y se encalma en la alta plenitud del círculo y la esfera  
cuando el paso del macho va a la hembra  
y ambos rezuman olor entreverado cintura para abajo  
y ombligo arriba se tumban se topan se derriban  
en embeleso y beso entreverados donde se anudan  
bálsamo con llaga el bosque penumbral  
y el sol que quema el equilibrio en zozobra  
del manantial con el diluvio y la cachimba  
porque la fiesta dura lo que dura  
y no nos cabe preguntar si el mar se acaba  
ni tampoco indagar por la palabra  
escondida entre los puntos suspensivos...  
ya cada uno a su hora tembló  
con su cintura y con su ombligo  
el agujero aquel entonces el que no se cierra  
con voz grave y oscura va entonando  
un himno de coraje a contraviento  
contra la máscara contra la desgracia  
contra la derrota y contra el fracaso  
tropezado sin pausa día tras días  
y noche a noche contra los soberbios  
y contra los malos y contra la seda  
deshilachada de la fama contra el toldo  
agujereado de la gloria contra todo el  
silencio  
el agujero  
canta  
nombra  
inscribe  
el ombligo inaugural de cada hora.

Siete poetas siete: López Luaces / Lentini /  
Cilleruelo / Zarraluki / Häsler / Maeso /  
González Soto

MARTA LÓPEZ LUACES

Nómada

En las largas mesas  
del tiempo  
beben los cántaros de  
Dios.  
Beben hasta el fondo  
los ojos  
de los videntes y los ojos de  
los ciegos, los corazones de las  
sombras imperantes, la mejilla  
de la tarde.

Paul Celan

Vengo de un pueblo condenado  
a errar por tierras extrañas.  
Tres días caminaron  
a la sombra de Babel.  
Heredo de ese tiempo  
un mapa y un cielo.

De mi raza  
el rasgo de la ausencia me delata  
y una certeza:

antes de la tormenta  
de las sequías  
de tu mirada  
de mi orfandad  
de aquellos fuegos  
y antes de las sombras que les precedieron  
había un antes  
que la memoria me pide, rescate

Pero he llegado tarde  
las lluvias han pasado  
los ríos regresan a su cauce  
se alzan las ciudades en el horizonte  
y se me prohíbe la entrada

Aquí, a sus puertas  
espero  
la resurrección del recuerdo  
del yo que era

Sus heraldos exigen que renuncie  
a mis nombres  
mi sangre  
mi heredad

y que disfrace la voz  
y jure  
por la fe de su idioma

(mi raza sigue en busca de la lengua  
perdida  
antes de la infancia).

## Los desterrados

*I have entered into the Desert, the place of  
desolation. The Desert confronts me haughtily  
and assails me with solitude. She sits on a  
throne of light, Her hands clasped, her eyes  
solemnly questioning. I have come into the  
lean and stricken land which fears not God,  
that I may meet my soul Face to Face, naked  
as the Desert is naked; Bare as the great silence  
is bare.*

(Charles Erskine Scott Wood, *The Poet in  
the Desert*)

## Solsticio de invierno

### I

Los vigías del ensueño y la memoria  
han sido despojados de la casa del padre.  
Como Nemrod  
leyeron en los siglos la señal equivocada.

La región de los proscritos es gris  
y fue erigida por la brisa.

En su seno, la heterogeneidad no es disonancia  
sino agua melancólica.

## II

Ajenos  
en el destiempo  
las criaturas los acechan

como la sed que de tanto sufrir  
no sienten  
como la necesidad que de tanto temer  
desconocen  
como el propósito de su exilio  
que de tanto padecer, ya han perdido

Leyenda de agua.

Condenados por el padre al olvido  
relatan  
como silbos  
un país  
de deseos, de ébano y anhelos.

Entre las fisuras del recuerdo, el desierto.

Buscan en sus miradas  
el oasis entre la imagen y la palabra:  
fronteras  
de resonancias ya gastadas.

Leyenda de agua.

Solsticio de verano

## III

La visión sin paisaje,  
polvo  
impenetrable horizonte  
de desproporción,  
ruptura de códigos,  
monstruos de acentos en discordia son sus palabras.

Dibujarse un paisaje en los ojos,  
inscribirse entre los vivos,  
habitar un nombre.  
La nostalgia del ámbar cede  
ante  
la amplitud del cielo abierto:  
intimidad de un espacio  
que se define en lo inefable.

Leyenda de agua.

## IV

Paramnesia –enfermedad del alma–  
Los vigías dialogan con los muertos  
en un idioma sin cuerpo.

Pero el lenguaje no es inocente:  
entierra  
en la inexactitud de la traducción  
la representación de un rito.

El lenguaje siempre es culpable,  
pero ya no hay Dios para su castigo.

El mito desposee.

Leyenda de agua.

## Isla Elefantina

Desde orillas de la isla plantas con flores blancas beben sobre el Nilo. A su lado, árboles con puntos blancos en las copas colmadas. Un ruido cruza el aire. De los sauces y las acacias salen las flores en bandada, y por unos instantes las ramas quedan desnudas y monóchromas. Tu ojo registrará durante años esta ausencia suspendida. Tras un breve vuelo de reconocimiento, las aves regresan a su posición sobre la exacta rama del mismo árbol, ahora bullicio estático de vida.

## Abu Simbel

En el interior de la montaña de arena, y tras subir los escalones de la escalera de metal, se obtiene una visión de la gran cúpula sobre el contorno posterior del templo.

Afuera, agobiado por el calor del mediodía, el corazón empezó a latirme con una nueva y desacompasada fuerza.

Ya en la sombra, cuento el bombeo de la sangre y observo la inmensa ingeniería que soporta la montaña y guarda el templo de Ramsés.

Estamos dentro del bosque de cemento que dejó que los muertos regresaran, y caminamos sobre sus hombros, vivimos sobre sus voces en el interior de este tronar mudo.

Una masa violenta de hormigón nos aísla y salvaguarda la piedra caliza y el derrumbe de las rocas. Protege incluso esta vena mía que se dilata y se acerca a la arena de allá abajo, a los tumultos de granos que silencian sobre la boca las palabras que vuelven: “ausencia de rizos de agua”, “sal”, “frescor de sombra”.

Si a lo invisible lo sepulta lo visible, el arte es un poema, cúpula y centro de otro poema del que sostiene sólo los bordes.

## La llave del mundo

Del antiguo Egipto destaca su geografía egocéntrica. El dibujo del mundo en forma de triángulo con una punta hacia abajo reunía las dos partes del país, la alta y la baja. Una línea en el centro lo partía en dos. La figura obtenida de esta representación era la llave de la vida, la llave de toda existencia. En términos generales el norte era rico y el sur bastante más pobre. Las grandes capitales como Memphis, Tebas o Alejandría florecían en la frontera al borde del Nilo o en el delta cerca del mar.

Egipto tendía a las estrellas o se abismaba en la arena.

Con una llave de la vida inmensa hecha de plomo dorado se abren hoy los dos templos de Abu-Simbel o el de Luxor, en la antigua Tebas, con sus columnas, obeliscos, estatuas de dioses y la gran avenida incompleta de tres kilómetros de esfinges que unía antiguamente esta última construcción a la de Karnak.

Al volver al barco después de la visita a Luxor, un grupo de chiquillos que saludaba a los turistas, en la avenida que desciende hasta llegar al florido puerto, hizo un corro a nuestro alrededor. La niña más pequeña, con una cara hermosa como el rostro del mundo despertando, se acercó a mi falda. De Egipto me llevé el recuerdo de esas mejillas iluminadas, en donde fui a buscar el vuelo increíble de los pompones rojos que florecen en las acacias, y encontré el fruto de la semilla que planté como beso, e hice crecer, como llave de vida, en el blanco de los dientes de una sonrisa.

## Día de playa / 1

Trazas un círculo en la ventanilla  
Que la lluvia ha empañado y lo limpias  
Con la mano extendida. A tu costado  
Se dibuja la viñeta de enero.

Tus ojos miran al pasar los muros  
Ennegrecidos de los almacenes,  
La geometría imposible de coches  
Amontonados, la cerca metálica

Bajo el rectángulo hueco de un anuncio.  
Una piña de adolescentes nómadas  
Cruza deprisa las calles sin nadie.

En el vestido largo de la noche  
Brillan las lentejuelas amarillas  
De la ciudad. Tus ojos ven. Conduzco.

(*Maleza*, 1995)

## La serrería de Berg

Reseco por los años, como piel  
de un ofidio gigante, el viejo hangar  
junto al castillo comparte el silencio  
de las ruinas. Entonces, los maderos  
se apilaban en grandes torres blancas,  
y el silbido hiriente de las sierras  
rebotaba en las laderas del valle.  
Una nube de limaduras  
y serrín se elevaba cada día  
y brillaba al anochecer  
sobre los muros, las ventanas  
y las terrazas del castillo.  
Al zumbido se unían las canciones  
de los obreros, que tras el almuerzo  
se tumbaban a la sombra apretada  
de aquellas piedras medievales. Hoy  
la maleza reúne aserradero  
y fortaleza. La chiquillería  
ha reventado tapias y saltado  
almenas. Sólo algún lector de Rilke  
continúa mirando con rencor  
el silencioso hangar. Un gesto inútil:  
también ha muerto el tiempo de la muerte.

*(Maleza, 1995)*

## Canción del Hudson

El río es la ciudad.

Digiere la inmundicia  
lenta de los desagües y devora los humos  
que se restriegan por su lomo en las madrugadas  
de mercurio.

Barcazas con bidones  
apilados y oscuros desbaratan  
el trazo de las luces sobre el cauce.  
Barcazas con enormes cubos  
de desperdicios surcan las imágenes  
de los enormes cubos del desorden.  
Barcazas con las luces encendidas  
y turistas borrachos, paquebotes  
que dejan un sabor a gasoil en el aire,  
lanchas y urcas con focos que disparan  
su brillo a la madera calcinada  
del agua.

Todo lo digiere, prieto  
como la noche; todo lo dibuja  
en su pizarra.

Y si algo estorba  
o deshace el idilio que desde la avenida  
miran ensimismados los amantes,  
se besan, y ya nadie mira el río.

El río es la ciudad.

*(Salobre, 1999)*



## Elegía en Sea Port

Solitarios y niebla. Demasiado grande la noche, el río. Sombras que cruzan la humedad desaparecen sin alcanzar los ojos. Tan inútil

el empedrado, las farolas, cuanto se construyó para la vida, los comercios, el puente. La ciudad resuella entre las luces del suburbio

como alimañas por la herrumbre. Motores y bocinas no logran acallar sus pasos bajo los pilares del viaducto, junto a ellos sigo

entre coches destartados, bidones humeantes y chatarra; por ellos busco nieblas, noche, sombras en los malditos días de sol y de bullicio.

(*Salobre*, 1999)

## El túnel / 1

Hay quien lo llama *el túnel*. Un pasillo que va desde la calle hasta el mercado. Cuando echa la verja ante sus puertas el vigilante y apaga luz y rótulos ya nadie se aventura entre las sombras. Desde la acera ven moverse motas encendidas al ritmo de las manos y oyen risas de lejos si reímos. Huele a orines y hace frío. Un día sus labios lo llenaron de caricias. Por las mañanas abre un carnicero que por la tarde deja ante el cristal una hilera de ganchos. Muchas veces contemplo cómo cuelga ahí la nada.

(*Formas débiles*, 2004)

## El silencio de la vieja iglesia

En el balcón sus cuerpos sin camisa  
brillan como jarrones chinos, jóvenes  
en noche de sábado, en verano,  
sin saber a dónde ir, sin saber cómo  
vencer al tiempo. Danzan ilegibles  
por el piso de los padres ausentes.  
Sólo la artesanía de la hierba,  
los dedos laboriosos en la palma,  
les detiene un instante, luego fuman  
en círculo y de nuevo lanzan tacos  
bajo la luz de un farolillo rústico.  
Llevan el pelo corto y se adivinan  
las horas de gimnasio en vientre y hombros.  
Sólo a veces con ellos hay alguna  
chica, que no interrumpe la deriva.  
Una noche un muchacho la descubre  
tras su escondite de cortina y sombra,  
al otro lado de la calle, y encara  
sus ojos recatados, tan humildes  
como el silencio de la vieja iglesia  
donde se arrodillaba cada tarde  
para pedirle a Dios un buen marido.  
«Eh, tú, ven a follar aquí conmigo»,  
oye, detrás de los visillos, trémula,  
azorada, dolida, opaca. Muerta.

En el balcón los cuerpos sin camisa  
empujan el verano hacia otro mundo.

*(Frágiles, 2006)*

ESTER ZARRALUKI

## Bienes

La culpa  
atesora mis bienes  
manos huesudas los guardan  
en escotes sin leche  
sin piel dulce.  
Saco mis ahorros uno  
a uno  
para dártelos  
a ti. La culpa duerme.

## Una noche en Henoc

### I

Nací en esta ciudad.  
Y canté el polvo en los lirios,  
la sequía en el pantano,  
las negras negras noches.  
Mis padres me dejaron aquí,  
rígida en la ensoñación del junco y el agua,  
oliendo la métrica en los sauces  
en esta ciudad.  
Puse aquí a mis hijos,  
les hablé del lirio y la noche,  
de su brillo, de los dóciles juncos.  
Ablandaremos el barro, dije,  
como pájaros  
que hacen sus nidos con piedras.

## Las noticias, no te creas, traen esperanza

Un hombre puede vivir con poco si aparta el trozo de fruta oscuro y olvida las imágenes que alejan el sueño, si como un perro voltea sobre sí mismo y hace un nido contra las luces. Si recoge las piernas hacia el pecho, mastica lentamente y no permite que palabras se disfracen de serpientes o corzos.

A veces, un hombre que vive con poco ve las noticias, imagina mujeres desveladas y piensa que nada sería suficiente si una quisiera. Él, que aprendió a alimentarse y a no malograr su sueño, se pondría de la vida sus pulseras, sus tatuajes, la muerte de los árboles por corona.

A veces, en las noches frías de bombardeos y cobardía, un hombre que vive con poco se dice poemas, porque pensó en la muerte y en mujeres velando e imaginó sus piernas y sus estómagos tristes.

## Visitas

La conozco.  
Se pone sus mejores ropas  
cuando oye su nombre,  
acerca  
una mueca y dice que  
perfuma el aire  
de ausencia. Se sienta  
en la galería con sus medias negras

y mira a la vecina  
tender la ropa, le hace crecer  
algo en el pecho, un exceso,  
tamborilea con los dedos, oye,  
escoge un ruido

a través de la ventana,  
en la ciudad. A veces  
se ríe y nos llama  
*hermanos,*

dice que bailamos  
con la violencia de amantes  
que aborrecen el silencio,  
el mundo perdido,  
la paz.

Qué elegante es la muerte.  
Cierro la persiana  
y la distraigo con mis canciones.

## Un plato de naranjas

*a T. C.*

Analizar el proceso de podredumbre en unas naranjas requiere paciencia. Mi amigo, que quería atraparlo, cada día las giraba un poco, pensativo: aún no. Se derrumban lentamente, apoyadas unas en otras, olvidadas del deseo de la tierra. Hasta que alguien las vio y las tiró a la basura –eran sólo naranjas pasadas. Mi amigo se enfureció y echó a la culpable de su casa. Tiempo después llamaron a la puerta y era ella, que volvía con un plato de naranjas podridas. No entendió que no las quisiera.

La muerte íntima es una intrusa que trae un cruce de caminos, un vientre o un barranco, sin ver el hermoso arañazo de los días, su hierba y sus cicatrices.

Opones escenas robadas: la nuca de un niño, el último beso de tus padres, transeúntes sobre un puente, como un olor sin objeto en las flores.



RODOLFO HÄSLER

## El muro

falta aire,  
respirar el aire,  
fuelle de la fragua,  
la población, los clavos,  
el suelo desaparece  
bajo las huellas,  
la tierra blanca, calcárea,  
se excava,  
límpido olivar,  
su fruto verde, negro,  
el olivar y la enramada  
mueren sin ser socorridos,  
busca un deseo  
que sea fruto borde,  
un deseo de virtud  
en una tierra arrasada  
por la raíz de la nada,  
no digas nada,  
no puedes decir,  
qué decir,  
el olivar rugoso,  
las manos tiemblan  
de tanto peso muerto.  
la cosecha arrancada  
y aplastada,  
no es así la vida,  
lágrima del ojo  
que no puede mentir.  
dejar de existir,  
¿para quién? ¿qué es?  
desviar los párpados  
de la colina encendida,  
el joven que cava

en el huerto, sueña,  
no sólo sueña,  
su deber es perpetuar,  
dejar la risa y el esfuerzo  
en la escena del dolor,  
cielo encapotado,  
pero no llueve,  
es niebla en el olivar.

\*

la puerta de damasco,  
la piedra de jaffo,  
el montículo de la esperanza  
hundido entre zarzas,  
el fuego te lastima  
con su golpe celeste,  
no puedo caminar,  
no hay por dónde ir,  
cierra la puerta  
y no escuches la voz,  
sigue sin voz  
un camino solitario,  
una vereda torcida,  
la miel se descompone  
en el panal olvidado,  
la reina de la estirpe  
se apodera del granado.  
belleza que te serena,  
el pozo está seco,  
brusco sobresalto  
entre rocas afiladas,  
“huerto cerrado,  
fuente sellada”,  
cae de un lado, del lado  
que equivale a más,  
un desperdicio el suelo,

muerte inútil,  
cuentas lo que no tienes,  
piedras que raspan,  
vuelve a levantar la voz  
por un trago de agua.  
la vida disminuye  
su fuerza donde no cabe,  
una flor de hibisco  
y un mazo de perejil  
son el ripio,  
la destrucción.

\*

en la frente  
se agita el tiempo,  
un campo de centeno,  
de pan ácimo,  
pan y aceitunas,  
poco más  
para saciar el hambre.  
el café narra los secretos,  
la ausencia de los días,  
la trágica prensa diaria,  
mirar y esperar  
y otra vez empezar.  
toma arena en la mano,  
el polvo de los dedos  
borra la simiente,  
no pierdas el compás,  
un racimo tras otro  
marca la proximidad del otoño,  
grisácea la mirada  
festeja el rito maronita.

\*

la higuera hendida,  
la rama se adentra  
en la casa desolada,  
la higuera es alta  
y el fruto es dulce  
como almíbar,  
como almíbar de la tahona.  
cómo te vas a negar,  
la rama  
señala al horizonte,  
de donde mires  
el fruto es dulce  
y negro el tronco,  
ojo que vuela,  
sabe lo que vale.  
en el cobertizo  
gime la higuera,  
gime y muere.

\*

soledad, soledad,  
no te transformes,  
sigue porfiando,  
es una losa  
donde exclamar,  
donde expresar  
la extrañeza del reino  
del meridián,  
estar en la tierra soñada  
no más que el ciclo  
de una cosecha,  
una siega, una hoz,  
el trigal espera  
tu aparición.  
la flor de plata  
de la pobreza

se deja adorar,  
pero no dice más,  
un sol, un astro,  
una constelación morada  
que atrapa a la noche;  
no la toques,  
deja la espina volar  
y marcar el cuerpo  
del celebrado.  
el muro sentencia  
la duración,  
nadie se rinde  
ante su recorrido,  
cumplir el calendario  
de un mes de vida,  
la floración,  
el goce diario.  
tu boca saborea  
la pasta de garbanzos,  
el vinagre adereza  
la casa de maría,  
para escuchar,  
ausentarse, ausentarse,  
cuánta desposesión.

\*

la sangre huele,  
sigue su rastro  
ancho, tenso,  
el río cuajado  
de la existencia  
es una arteria  
que cercenar,  
sin tregua  
en el viento preñado.  
la sangre resbala,

húmeda, espesa  
en el grito que sube  
a la garganta,  
caliente líquido  
que asombra,  
la vista azorada  
la rechaza,  
no hay más,  
una culebra se yergue  
en la punta de la cola,  
dos corderos agonizan,  
el betún de sus cuellos  
tiene forma de nube,  
el poder de nombrar  
para ser uno más,  
el tono, la sangre,  
el adiós.  
reconocerla  
no es lo propio,  
busca el respaldo,  
el asiento,  
un fresco sitial  
bajo la parra,  
la sangre entorpece  
el labio, el paladar,  
la cuchilla  
se hunde certera,  
no logras recordar.  
anunciación que se repite,  
semejante al duelo,  
la náusea,  
la sequedad,  
el destino se decide  
en un lugar  
desollado,  
sin piedad,  
cercano al hueso.

### Darwin, míranos

He ahí los caminos de ceniza,  
los ondulantes rastros de los reptiles,  
sus brillantes escamas reveladas con retraso.  
La orden de demolición y derribo.

He ahí los signos de color tenaza,  
las firmas mataselladas, el sobre  
depositado en el buzón  
por los mismos dedos de la excavadora.

Mira, Darwin, cuán cerca del aullido  
cae el diccionario  
y cómo vuelven al carbón  
los restos del brillante.

Despiden de mil en mil. Como en una página  
de Zola  
va hacia abajo la mirada, en bolsas  
que miran de soslayo la flor de las cunetas,  
la sima vislumbrada por Sísifo en un grito  
que da miedo repetir.

### Disyuntivas terroristas

*O arráncame el corazón  
o ámame porque te adoro*  
Don Juan Tenorio

San Mateo, (12, 30) el apóstol banquero  
también hablaba así.

¿Y esa luz de las afueras del día  
que apacigua el descampado,  
que no muere ni mata, que alumbra  
algo más que la mano de obra  
o la carne de cañón?

¿Esa luz de flor y nubes yuxtapuestas  
que está contigo y contra ti, que alumbra  
el manantial, el que no habla para siempre  
ni para siempre calla?

¿Esa luz que cose las estrellas y los peces,  
esa luz y sus miradas de bramante hilo  
que se sabe el agua?

Vamos por este atardecer de agosto  
tú y yo, por esa luz que no es de luna  
ni tampoco atribuible al sol.



## Basura en los labios

Somos ricos. Somos libres.  
Vivimos en paz.  
Somos de primera.

Lo dice una de las teles  
de una de las chabolas.

La guerra, la posguerra...  
Eso era pobreza, eso era miedo y no dormir.

Ni un gato, ni una rata, ni mondas de patatas  
por la calle.  
En nosotros mismos tenía que habitar la pulga,  
la chinche, el piojo.  
Una plaga. Eso era miseria.

Lo dice la radio de quien husmea  
en el contenedor  
haciendo una naranja de su cabeza.

.../...

Un poco más abajo,  
al otro lado de la autopista de seis carriles,  
donde todo es vertedero,  
una de quinto, merodeando así,  
encontró un bulto con pañuelo hasta las cejas.

Así que era mujer:  
una verdadera fábrica de pobreza  
bien cerrada. Mujer

de enredados pies, cayendo  
por donde no llega la luna ni el rocío.

Así que no era basura,  
así que era una bolsa de mujer  
tropezando con espigas de plástico,  
bajando lentamente por la raíz del moho. Sí.

## Gracias, negro (21-II- 2001)

*Los que avanzan de frente hacia la mar  
y en ella entierran como un agudo acero  
la negra proa de sus barcos  
viven de luz de luna y poco pan*  
Sophia de Mello

Vosotros, los peor aún, esas lenguas de hierba  
lastradas con una ración extra de noche.

Vosotros, los peor aún,  
los sin nada que perder,  
los que con rictus jadeante  
al tocar tierra habéis gritado:  
*¡Todavía estamos vivos!*,  
sabed que vuestro grito  
socorre a quien lo oye:

*¡Todavía estamos vivos!*  
Y no ha quedado ningún lázaro  
sin dar un paso.

¡Vuestro debe ser el reino  
porque vuestra es la palabra  
que salva a quien la oye!

## Basura blanca

La historia de esa bolsa apesta:  
se cierra por unos meses  
y se abre para un siglo entero.

Se ha hecho una montaña  
lo que ayer era una choza,  
se ha hecho sedentaria la obrera.

El que ya no puede espantar más moscas  
ni tampoco puede espantarse más.  
El que se quemó los ojos en el atril.  
El que amando no dio ningún día por perdido  
El que nunca tuvo qué dilapidar  
ni vivió sentado sobre un celemín...  
también ha llegado aquí, donde una y otra vez  
al día treinta se le cae el tres.

*Working poor.* ¿Este camping  
o el container?

*Allons, allons,* quienquiera que seas,  
el viejo camino pardo, el de las *Hojas de hierba*,  
¡cómo va a acabar así!

## Andar

*¿Es tan distinto  
imaginar el cielo  
a despertar de súbito  
en él!*  
Emily Dickinson

Si hubo una quimera,  
ya sabrá la flor qué hacer  
con lo robado al fuego.

Sucede así.  
En el principio no fue el verbo: Tú,  
sin nombre. Yo, en silencio.

Si en los contenedores de la primera  
persona del singular  
hubo una quimera,  
tendrá que empezar algo, un dedo,  
un hombro, un paramenio,  
un grano, un poco de relámpago.

Querida primera persona del plural:  
si hubo una quimera,  
tendrá que haber sendero.

## JUAN GONZÁLEZ SOTO

### Mentiras nombradas

El poeta miente,  
pero no el poema.

Encaramarse  
a la claridad de las cosas  
por los precipicios soleados  
de las palabras.

El poema miente,  
pero no el poeta.

Descender,  
por los tortuosos vericuetos  
de los hombres,  
a las necesidades de la verdad,  
a sus recados  
sin palabras.

## Muerte

El animal ha muerto o casi ha muerto.  
Hay lirios como hoces en su boca.  
Lacres como sangres: latidos huecos.  
Arañas rompen su mirada rota.

El animal ha muerto o casi ha muerto.  
Crines de metal para su frente  
vuelta hacia un aire de cristal de hielo.  
Avanza la herida: se traga el tiempo.

El aire se pregunta ahora por el tiempo,  
por la huella crispada entre sus dedos.

## L'hivern i el mar

L'hivern és un estany  
on s'amara la boira, animal  
adormit que respira sorolls  
d'aigua, de perfums, d'arbres.

L'hivern és un estany.  
Admiro el mar, l'hivern,  
els xiprers i, sobretot,  
l'aire que s'emporta la boira.

## La cançó de Lídia

Els peixos de l'estany  
saben cançons sense paraules.

Aquesta tarda, mentre jo  
els mirava fixament,  
Lídia em passava  
les puntes dels dits  
sobre l'esquena  
mentre amb els llavis  
em cisellava el coll.

Els peixos de l'estany  
cantaven sense paraules  
la cançó de Lídia.

## Duración del frío

Recuerdo el frío  
atravesando la tarde,  
la lluvia  
apresurada de los pasos,  
la hirviente y  
pausada niebla vertical  
de las chimeneas,  
el silencio  
temblando y las campanas.  
El mundo era el frío  
que las calles afilaba,  
una herramienta  
disponible con que sembrar  
arroyos, o salpicar ventanas  
de azafrán.  
Alguien  
adivinaba el lugar  
exacto de los árboles,  
inventaba plazas soleadas  
que achicaba el frío.  
Las horas eran lentas y  
completas en la fruta  
soñada y  
en las mentiras más altas.  
La ropa tendida  
prendía pinzas  
con que medir las calles  
y las manos visitaban  
golosinas y bolsillos.  
Eran las tardes diminutas  
y hermosa la tristeza  
que alentaba el frío.

## La extrañeza

El horizonte es una isla, una isla que flota,  
un espejismo de agua.

El horizonte sólo es una isla,  
una isla inventada por el agua.

El horizonte es un naufrago, un invencible naufrago  
que aún está esperando, y sigue esperando que alguien  
llegue hasta él y lo rescate de su laberinto de agua.

El horizonte es una isla, una isla avistada,  
una isla que flota y  
que se aleja.

Quién podrá cruzar la infinita agua callada.

## Náufrago memorioso

Llegar, partir,  
ceremonias  
contra el tiempo.

Y la isla, varada en una ola,  
un arcaduz más de la memoria,  
sajado mapa  
inventado,  
voluntarioso,  
diminuto afán de ser  
sólo eso, isla varada entre  
otras islas.

Llegar, acaso algún día partir,  
náufrago memorioso,  
doblemente desvalido.

## El somni de Lídia

Quan m'adormo amb tu  
entre els braços  
et somnio.  
Mel calenta entre els dits,  
suau tremolor perfumada,  
gra de raïm que esclata a les dents,  
escuma blava que el mar vessa,  
dolcíssima neu cruixent estremida als punys.  
Et somnio.  
I el cor et deixo com a penyora  
quan desperto.

## Epístola a Lídia

Lídia, estimada, és la nit profunda.  
Fora, i també a dins, és la nit profunda.  
A la casa tot és silenci, un silenci  
dolorós com una malaltia, al jardí  
la font no se sent i és invisible,  
al pati els arbres estan ocults  
o no hi són. Tot està preparat,  
tot al seu precís lloc, tot disposat  
per a la nostàlgia. La meitat  
del meu cor és amb tu,  
i l'altra meitat se l'han emportat  
aquesta nit llastimosa i metàllica  
i una set que no coneix l'aigua.  
Lídia, estimada, quan tu no hi ets,  
em visita la tristesa, una flama fosca  
entra per la finestra i la nit no és la nit  
sinó una presó que no coneix el dia.  
Lídia, estimada, tu i només tu  
faràs del silenci un glop d'aigua fresca.

## El Turco

Por la mañana, después de dejar a Katrin en la guardería y regresando por las aceras ya calientes por el sol, Vita lo vuelve a ver. Está en el portal del supermercado y la mira directamente con sus ojos oscuros. Ella cruza la calle de un modo insinuante y entra en la tienda.

Mientras busca en los congelados cerdo picado, salchichón y pernil, alberga una sonrisa secreta. En ese momento piensa si debe contarle todo al encargado del supermercado. A fin de cuentas, es frente a su tienda donde esto está ocurriendo.

De vuelta en casa, ve a través de las cortinas del segundo piso que el portal está ahora vacío. Siente un cansancio en el cuerpo, se quita la ropa y coloca el espejito del recibidor sobre una silla. Intenta verse desde todos los ángulos posibles. Vencida, se arroja en un sillón y con ambas manos se coge los pliegues del vientre. Hay tantas cosas que podrían ser distintas.

Pasa la tarde en el patio en compañía de Alice y Liz. Están echadas sobre las tumbonas tomando café.

Vita cuenta, exaltada, de cuando hacía limpieza en la clínica, sobre el masajista adventista, que sabe Dios si era mejor o peor que cualquiera, a pesar de que hablaba de la Biblia y los mandamientos. Lo que sí estaba claro eran sus intenciones.

—¿Se te acercaba? —pregunta Liz, con desgano. Está tendida, con los ojos cerrados y levanta la cara hacia el sol.

—Venía por detrás cuando estaba fregando —dice Vita—. Se quedaba allí, toqueteándome.

—¿Ah, sí? —dice Alice con una risita tonta—. ¿De modo que era retrosexual?

Todas ríen volviéndose de espaldas al sol y fumando.

—Pero sí que era guapo. Se le veía bien, de hecho que sí —dice Vita y toma un sorbito de café.

Pasadas las cuatro llega Kai. Abre la ventana que da al patio.

—Hola, chismosas —dice, divertido—. ¿Qué hay de comer?

—¡Guísate tú algo, paliducho! —le grita Vita.

Y mientras recoge la crema de sol, el periódico, los cigarrillos y el termo, se rinde al ambiente de confidencias de la tarde, y habla del Turco, de lo emocionante que es que él esté allí otra vez.

—Francamente, tengo miedo —dice Vita—. Una nunca sabe lo que ellos puedan hacer. Se escuchan tantas cosas... Si está ahí fuera, pues se lo digo a Kai, de veras que se lo digo.

Y sube por la comida.

La mañana siguiente amanece gris, y Vita camina bajo la llovizna con Katrin de la mano. Las chicas de la guardería llevan jerseys de punto y la reciben sin sonreír, como un reproche silencioso.

El portón del supermercado está vacío. Triste, cambia de rumbo y entra en la panadería. Cuando recibe la bolsa con las barras y los bollos, se recuerda a sí misma que es feliz, y le regala una sonrisa entusiasta a la mujer del panadero.

Y mientras mastica melancólicamente el desayuno y hojea el periódico, no pierde de vista el portón que, de ser algo imperceptible en el bloque de enfrente, ahora tiene mucho significado. Y cuando de pronto él está allí, con la camisa blanca abierta, siente como fiebre en el cuerpo. El sol ha salido y alumbra sus pantalones, pero no puede verle el rostro.

Con la cabeza llena de viejos sueños, Vita recoge los periódicos y revistas de la semana y se entrega a la limpieza minuciosa de las tres habitaciones del apartamento. Para ella, la limpieza es una necesidad. El mundo es brillante y limpio, y este es su hogar. También a la cocina, con sus baldosas mate, le dará empeñosamente la fragancia y el toque final para hacerla suya.

Baja y llama a la puerta de Liz, pero de pronto recuerda que está en el trabajo.

Cruza la calle con dignidad y lo ve adelantarse en el portal. Observa que ni siquiera tiene una cerveza en la mano. Esa atrevida desvergüenza de estarse así, parado, la llena de asombro y traslada la presencia de ese hombre a otro mundo, donde cosas extrañas pueden suceder.

Camina por la calle peatonal con el bolso oscilándole en la cadera, canturreando para sí misma. De vez en cuando se detiene para mirar



una blusa o un vestido. Pero no compra nada, hoy no lo hará, solo le apetece caminar y sentir el sol.

Cuando se da por satisfecha, recuerda a su madre. Abandona las tiendas y va por las calles estrechas que tan bien conoce. Por supuesto que se lo contará, eso es lo más natural.

Deja que la puerta se cierre a sus espaldas y sube las escaleras, donde cada uno de sus escalones le recuerda algo. En el tercer piso se detiene y pone el dedo en el timbre, mientras trata de relajar el rostro.

Espera, pero no ocurre nada, y vuelve a tocar. Entonces saca las llaves y abre la puerta, como siempre lo hacía antes.

En el cuarto de estar ve el rostro de su madre y lo comprende todo.

—Es espantoso —dice su madre. Se balancea hacia adelante y hacia atrás con el rostro entre las manos—, te digo que es espantoso, Vita.

—Mamá —dice Vita consoladoramente y le coge un hombro. Se arrodilla cerca a la silla sin haber llegado a sacarse la chaqueta.

—Durante treinta años. Durante treinta años —se queja la madre, desamparada.

Vita encuentra una aspirina y un pañuelo en su cartera y va a la cocina a traer agua. La madre se aprieta el pañuelo contra los ojos, no puede dominar el llanto.

—¿Te pega todavía? Recuéstate un ratito —dice Vita y ayuda a la madre a echarse en el sofá.

—Y no lo he visto desde el viernes. A él todo le da igual.

La madre se desploma en el sofá. Parece frágil y leve, siente Vita, como si estuviese a punto de desaparecer.

—Seguro que vuelve —dice con voz madura.

—No puedo seguir así, de verdad que no puedo —dice la madre con una vocecita. Ahora está cansada y posa la mirada en el techo.

—Voy a hacer café —dice Vita—. Vamos a pasar un buen tiempo juntas.

Cuando vuelve a casa para hacer la cena y ve que él ya no está en el portal, siente de pronto cómo todo eso la agota.

Empuja a Katrin para que entre, arroja la chaqueta en una silla y ni siquiera tiene ganas de verse en el espejo. Yendo a la cocina, se fija en una nota bajo la puerta y la recoge con un gesto de irritación.

La hoja de papel está cuidadosamente doblada:

*Cariñosos saludos*

*Veo, visto*

*Encontrar, encuentro, encontré*

*junto a la iglesia a las 21-22*

*Ama/amo*

*ser amado.*

Ömer Yalsin

Poco a poco se da cuenta del significado de las palabras y se siente elegida. Y enseguida sabe con claridad que hoy no habrá cena. En ese estado no puede pelar patatas ni asar chuletas. Es físicamente imposible, ella no es la misma. Siente que esto debe contarse, pero primero a Kai.

Intranquila, va de una silla a otra, sin siquiera escuchar música y se toma un par de aspirinas. Se repite una y otra vez lo terriblemente atrevido que es proponerse conquistar de esa manera a una mujer casada. Allá están acostumbrados a llevarse a las mujeres así nomás, se dice a sí misma con un estremecimiento.

Kai aparece en el vano de la puerta. Se quita la chaqueta y atrapa a Katrin en volandas. Con ella en brazos, ve a Vita en silencio, devastada en la silla con la carta en la mano, como si no se hubiera movido desde ese shock.

Desconcertado, deja a Katrin en el suelo y Vita le alcanza la carta.

—¿Qué diablos es esto? —murmura Kai.

Y por una u otra razón, ella empieza a llorar. Lloro bajo, histéricamente, apretándose contra el cuerpo recio de Kai.

—Pero, ¿qué quiere decir esto? —grita Kai—. Ama/amo...

Y ella le cuenta todo. Lo terrible que ha sido, y que él haya estado allí todos los días al acecho, haciendo que apenas pudiera salir de casa. Tiene la boca abierta y jadea. Las lágrimas se abren por entre los polvos y el colorete. El llanto la desborda. Es espantoso.

—Son como animales, dice ella, no se detienen ante nada.

—¡Ahora veré! —grita Kai. Echa a un lado la mesa y se asoma a la ventana, pero no hay nadie.

—¡Se va a enterar! —dice vociferando y cierra estrepitosamente la puerta tras de sí.

Katrin deja de jugar en la alfombra y se levanta. Está perpleja ante tanta gravedad y mira a su madre mientras la boca se le hace cada vez más grande.

Kai vuelve en compañía de Svend.

—No lo hago —dice Vita, apagando el cigarrillo y tomando un sorbo del café que ya está frío.

—Pero si nosotros dos estaremos allí —insiste Kai—. Estaremos escondidos en el coche. No te va a pasar nada —le asegura.

—Pero, ¿y qué pasa si está armado? No, que no lo hago.

Svend ya tiene puesta su cazadora azul, le sonrío y fuma tranquilamente su cigarrillo habitual.

—Hale, Vita, vamos —le dice.

—¿Acaso quieres que se nos escape? —dice Kai.

—¿Por qué no se lo dejamos a la policía? —dice ella, pero ve que no pueden hacer eso.

—¡Bah, la policía! —se mofa Kai. Camina de un lado a otro de la alfombra, golpéandose con el puño derecho la palma de la mano izquierda.

—¡Qué valiente eres, Kai! —dice ella.

—Escúchame —dice él—, a las nueve en punto vas para allá. Caminas tranquilamente hacia la iglesia; nosotros ya estaremos allí.

—¿Y Katrin? —Esta es su última objeción.

—Que baje a donde Liz —dice dándole una palmada—. Que baje a donde Liz, tontita.

Se ha puesto el vestido y los zapatos nuevos. Cruza la plaza hundiéndose bien los tacones sobre el asfalto. Lleva el bolso al hombro y mueve el brazo libre y graciosamente sobre la cadera. Siente que lo hace bien. Pasa bajo las farolas y ve a las sombras correr más adelante. El coche está donde debe estar, detrás de la escuela.

Da la vuelta a la sacristía y camina a lo largo del viejo muro. Tiene ganas de rozar una mano sobre las piedras para sentir que todo eso es real. Hay una rara atmósfera de malestar cerca del viejo edificio.

Alcanza el frontis izquierdo y mira hacia los escalones, pero al principio no ve nada. Se vuelve y mira hacia el coche. Los otros ya están saliendo.

Sube las escaleras y de pronto lo ve. Está en la sombra, de espaldas a la puerta. Ella se le acerca, y él sale de la sombra.

Súbitamente, le parece que todo es un error. Él se inclina y le coge la mano, su boca es cálida. Dice algo que ella no entiende, pero la voz es ronca y suave. Ella oye el ruido sordo de pasos que corren detrás de ella y quiere soltarse la mano. Él gira y los ve, y vuelve sus ojos oscuros hacia ella, completamente asombrado.

Kai lo coge de los pelos.

—¿Pero qué diablos te has creído? —ruge, tirando la cabeza del Turco hacia atrás. El Turco se retuerce para verle la cara a su agresor, pero Kai lo tiene bien sujeto.

Svend avanza y retrocede nerviosamente, zapatea en las baldosas.

—¡So cerdo! —le grita. Lo pateo, pero la bota le da en el muslo. Baila frente al Turco y lo pateo otra vez. La bota le acierta de lleno y las piernas del Turco se contraen.

Vita lo ve encorvarse y hundirse en las baldosas.

Kai teme llegar demasiado tarde, tira de él con todas sus fuerzas lanzándolo hacia adelante. Empuja, pateo y golpeo soltando el aire a gritos.

Y el Turco cae rodando por los escalones, ellos agitan los brazos sobre él y patean.

Vita empieza a caminar, y mientras cruza la plaza, escucha todavía el ruido de las botas.

—Bien merecido se lo tenía —piensa mientras estruja el bolso.

—Bien merecido se lo tenía—. Y rompe a llorar.

*(Traducción del danés de Patricia Davelouis)*

## Dos poemas

### El viaje

La incierta luz del alba cobija a la estación de tren.  
Estás en un andén solitario,  
el piloto gris puesto  
y una valija en cada mano.  
En el vagón  
el horizonte se abre en abanico.  
Te sorprendes ante las vetustas estaciones  
donde viejos guardabarreras  
saludan con gesto cómplice a los viajeros.  
Duermes con el ruido monótono del paisaje  
mas el descanso es breve  
y despiertas sobresaltado por el toque ígneo de un ángel.  
El tren se detiene  
y la estación es la misma.  
Si viajas  
no importa la vida.

### Pastel de manzana

Baba, Baba, tu Rusia de samovar, tus ojos verdes,  
esa mirada perdida en las lejanías, presa de la  
furia, del olvido, cautiva del destierro, y esas  
manos empuñando las tijeras para hacer el corte  
preciso y el pequeño monedero y el mismo delantal  
siempre limpio y los alfileres prendidos a la  
comisura de los labios mientras hablabas en voz  
baja, mitad en castellano y mitad en yidish. Apenas  
comprendía lo que decías pero estaba tu porte  
alto, tus brazos fuertes y no tenía miedo en las  
noches de aquel hospital de paredes blancas donde  
transcurrieron varios días de mi infancia. Un niño  
de tres años entre sábanas blancas y enfermeras  
blancas, tosiendo, asombrado de la penumbra  
mientras sostenía un oso en los brazos y bajo la  
almohada guardaba las golosinas que no podía comer,  
y esa sopa insípida que me servían en un plato  
metálico y el pollo sin sabor y el termómetro  
bajo las axilas. Pero estaba el postre,  
tu pastel de manzana, el manjar del exilio.  
Esa torta eran mis juegos, mis amigos, el muro que  
me guarecía de la intemperie, mientras esperaba el  
día de mi fuga, dejar de toser, no vestir más ese  
camisón blanco y olvidar los azulejos celestes del  
corredor y las caras bondadosas de los médicos con  
su rictus de “sólo Dios sabe” y las visitas  
complacientes. Y tenía miedo de la bruja de La  
Bella Durmiente, esa mujer terrible de ojos negros,  
rostro verde y uñas largas me acechaba detrás de  
cada recoveco, y antes de dormir tenía que bajar  
de la cama y espiar en todos los rincones para  
asegurarme de su ausencia –temía combatir con el  
dragón– y entonces yacía en el lecho con mi torta  
de manzana, flacucho, temeroso, esperando el alba  
como quien espera confesarse. En tus ojos veía

los miedos de tierras hostiles, negaciones, persecuciones y abstenciones y comprendía que también para ti el único refugio era ese pastel de manzana, vieja receta venida al Río de la Plata desde Kiev, la lejana Rusia, la madrecita patria. Un poco de pan, apenas manzana, azúcar negra y una horneada. Oh sabores de la infancia, polleras de aromas, ¿cómo vivir sin la cocina, la sopa verde, el dulce nuestro de cada día, el café con leche, el té con el terrón de azúcar pegado a la lengua, la carne pálida del pollo, las escamas como llovizna del pescado? Pero ¿cómo seguir sin la astucia culinaria? Sí, dejarse llevar por la lucidez de la digestión, la tozudez de los intestinos, los agrídulces jugos gástricos. Recuerdo la humedad de tu cocina, sus paredes de azulejos rosados, su blanca mesada de mármol, la heladera gorda de la providencia con el motor cuyo constante ruido parecía un auto yendo a baja velocidad en un día de lluvia, la mesa tosca de madera verde, los platos ajados de loza blanca, los cubiertos acerados, el vaso alto con naranjada, el pan fresco partido en rebanadas (nunca el pan negro, era para los mujiks decía mi Baba), la miel amarilla, la gelatina de pescado grisácea, la mermelada roja, la manteca blanca y esos tazones gigantes donde uno perdía la nariz que luego emergía esmerilada de té con leche. Ah las hornallas brillando en la penumbra, sus débiles llamas brindando calor, la escuálida lámpara colgando del cielo raso, el almanaque de montañas (¡Que lejos está el pueblo de tu infancia, la estepa rusa, las cúpulas doradas de la iglesia ortodoxa, la pequeña sinagoga, el río congelado!). Pero también está el paisaje de corredores blancos de mi infancia de hospital poblada por tu mirada. Y no sabía de Dios, no conocía su palabra: Dios era la escupidera donde orinaba en las madrugadas, o aquellos algodones manchados de sangre y esas sábanas

amarilleadas por el sudor y esa pequeña mesita de luz con su aún más pequeño velador que tú cubrías con un pañuelo rojo para que me velara el sueño, y ese techo tan descascarado, tan diferente al cielo del patio de la casa. La soledad no tiene edad, Rusia y aquel hospital son la misma geografía, las bellas palabras están ajadas y nuestros ojos sonámbulos desesperan por encontrar un manjar donde esconderse del vacío que nos reclama. ¿Tendrá mi hijo la suerte de apretar contra el paladar en los días del desasosiego un trozo de torta de manzana?, ¿poseerá la seguridad que brinda el sabor preciso o deambulará buscando una patria, una cocina donde hallar un aroma que lo descubra? Oh Baba, abuela, la mesuzah cuelga de la pared, su voz calla, hace mucho que no enciendo los candelabros y tus copas opalinas ya no lucen sobre manteles bordados blancos y en mi cumpleaños nadie me trae un pastel de manzana. Estoy solo, mi mundo es el pretérito de un sabor, la nostalgia por la pérdida del manzano. En estos días en que las oraciones enmudecen y hay poco para agradecer, es buena la memoria del paladar, la gula divina, mirar un plato con torta de manzana que un niño se devora y luego una mujer se inclina para llenarlo otra vez. Pastel de mi carne, pastel de mi saber, ven, sálvame, necesito tu invariable corazón azucarado. ¡Qué cerca está el hospital de mi infancia!

JUAN CARLOS MESTRE

## El adepto

*Erguida estás, señal.*  
José Miguel Ullán

He leído durante toda la noche el *Discurso sobre la dignidad del hombre* de Pico de la Mirándola,  
de él se deduce que el 14 de mayo de 1486 no existe,  
que la primavera y la juventud son hijas de Marsilio Ficino,  
que la belleza es por derecho mitológico esposa del trípode y el camaleón.

Acepto haber leído el destino en un vaso de agua seis mil años antes de la muerte de Platón,  
acepto haber alimentado un animal de uñas curvas,  
acepto la influencia de los magos persas.  
No tengo hijos, ¿acaso he cometido un crimen?  
Tampoco tengo energías para la épica.  
Confieso adorar descalzo el triángulo de la piedad que otros llaman cubo de Zoroastro,  
confieso mi creencia en la teología del número 7 y la gestación de los donantes de calor,  
confieso mi fe en Timeo de Locros astrónomo de lo diverso.

He leído durante toda la noche el árbol de la conjetura,  
de sus frutos he traído a mi casa la escalera circular junto a la que Jacob tuvo un sueño  
y el testimonio sobre la naturaleza celeste de todas las piedras.  
Asumo haber prestado atención a lo que impide,  
asumo la visitación del pródigo y la música de las esferas,  
asumo no haber dejado escrito nada que no me haya sucedido en el futuro.

He leído durante toda la noche el *Discurso sobre la dignidad del hombre*,  
de él se deduce la aritmética del mar y la Ley bajo la corteza de la encina,  
de él se deduce el río de la ciencia y la golondrina de los caldeos,  
de él se deduce la inexistencia de la muerte y la fecundidad de lo discutible.

## Cavalo morto

Cavalo Morto es un lugar que existe en un poema de Lêdo Ivo. Un poema de Lêdo Ivo es una luciérnaga que busca una moneda perdida. Cada moneda perdida es una golondrina de espaldas, posada sobre la luz de un pararrayos. Dentro de un pararrayos hay un bullicio de abejas prehistóricas alrededor de una sandía. En Cavalo Morto las sandías son mujeres semidormidas que tienen en medio del corazón el ruido de un manojito de llaves.

Cavalo Morto es un lugar que existe en un poema de Lêdo Ivo. Lêdo Ivo es un hombre viejo que vive en Brasil y sale en las antologías con cara de loco. En Cavalo Morto los locos tienen alas de mosca y vuelven a guardar en su caja las cerillas quemadas como si fuesen palabras rozadas por el resplandor de otro mundo. Otro mundo es el fondo de un vaso, un lugar donde lo recto tiene forma de herradura y hay una sola calle forrada con tela de gabardina.

Cavalo Morto es un lugar que existe en un poema de Lêdo Ivo. Un lugar que existe en un poema de Lêdo Ivo es un río que madruga para ir a fabricar el agua de las lágrimas, pequeñas mentiras de lluvia heridas por una púa de acacia. En Cavalo Morto los aviones atan con cintas de vapor el cielo como si las nubes fuesen un regalo de Navidad y los felices y los infelices suben directamente a los hipódromos eternos por la escalerilla del anillador de gaviotas.

Cavalo Morto es un lugar que existe en un poema de Lêdo Ivo. Un poema de Lêdo Ivo es el amante de un reloj de sol que abandona de puntillas los hostales de la mañana siguiente. La mañana siguiente es lo que iban a decirse aquellos que nunca llegaron a encontrarse, los que aún así se amaron y salen del brazo con la brisa del anochecer a celebrar el cumpleaños de los árboles y escriben partituras para el timbre de las bicicletas.

Cavalo Morto es un lugar que existe en un poema de Lêdo Ivo. Lêdo Ivo es una escuela llena de pinzones y un timonel que canta en el platillo de leche. Lêdo Ivo es un enfermero que venda las olas y enciende con su beso las bombillas de los barcos. En Cavalo Morto todas las cosas

perfectas pertenecen a otro, como pertenece la tuerca de las estrellas marinas al saqueador de las cabezas sonámbulas y el cartero de las rosas del domingo a la coronita de luz de las empleadas domésticas.

Cavalo Morto es un lugar que existe en un poema de Lêdo Ivo. En Cavalo Morto cuando muere un caballo se llama a Lêdo Ivo para que lo resucite, cuando muere un evangelista se llama a Lêdo Ivo para que lo resucite, cuando muere Lêdo Ivo llaman al sastre de las mariposas para que lo resucite. Háganme caso, los recuerdos hermosos son fugaces como las ardillas, cada amor que termina es un cementerio de abrazos y Cavalo Morto es un lugar que no existe.

## La mano izquierda de Dios

La modalidad del sufrimiento abandona cada mañana las sinagogas. Abandona el 14 de abril de 1865, Viernes Santo, tarde del asesinato de Lincoln. Pide arenques entre los panes destinados a la Universidad. Ruega lo propicio entre las sacas de la Oficina de Correos y la evaporación de las relojerías cercanas a Nuremberg. La modalidad del sufrimiento retorna a los ojos de Homero como regresa a sus casas la gente corriente.

No es la guerra de Troya, no son los elementos escénicos que idean la prosodia del manifiesto, sino la máquina de cadáveres y los silogismos del juicio. Para ser más exactos, las lilas que no florecerán en el patio donde fueron plantadas por la gente corriente. La indiferencia ha sido persuadida por los brotes del cancionista, el instinto relata las circunstancias de Ulises, los desenterrados oyen la motocicleta de Mahler.

Llegan mozos de mulas al teatro del bosque, entra el descarnador de lo real con el asidero de los objetos irrepresentables. Por lo común agua de herrar, un copo de trueno en el ramal de los céntimos, este dibujo padre de pobres.

La modalidad del sufrimiento rehúye las formas de lo visible, convierte a los espectadores de las anécdotas de la niñez en una escolanía de soldados. Ese tipo de poetas vulgares que pasamos de claro en claro la noche, media docena de melancólicos matones a sueldo de los simbolismos de la retórica: lo falible y lo curvo, el rótulo del palo de jabón dando borradura a las señoritas, coba de género a la capilla ardiente del signo.

Sobre los taburetes del espectáculo las fábulas germinativas de cuanto fue lo creado penetran la imaginación de la gente corriente. Algunas millas al norte, como digo, Lincoln entra en el argumento: *como el estallido de una yema o de una vaina en la vegetación*, capitán de abril, mi padre querido en palabras de Homero.

La historia continúa unas páginas más allá. Mahler frena su motocicleta justo donde comienza la prolongación de la falsedad, justo donde la trampa de las sensaciones explican lo siguiente: la emoción sin comportamiento, la dificultad de existencia ante la soberanía de todo verdugo. No es el sentido común, es la grasa de cerdo, es la camisa gramatical doblada en la maleta de Homero la que va a testificar en Nuremberg sobre el almanaque de las lilas.

Son las siluetas de quienes han soportado las visiones las que deforman el texto, las serviles definiciones de la aniquilación las que privan de toda ley de felicidad la comedia de lo verídico. Son las partituras, los boletos cortados del espectador. Es el azar de las huellas en el túnel. Son las fábulas germinativas del prestigio. Es la tragedia la que penetra la imaginación de la gente corriente.

El cansancio de la muerte precinta herméticamente la responsabilidad de las Bellas Artes. El olvido utiliza los ojos del diablo para observar la organización de la monotonía, usa la influencia del método sobre la ingeniería del fracaso en la sien. A semejante distancia, el consumo precinta el naturalismo de los deformes, el ensayo sobre la antigua ilusión del griego legaliza el habla consciente. Lo equivalente es la incurable basura de las reproducciones en el altoparlante, la temperatura desnuda del miedo.

Un hombre habla de estas cosas. Está sentado sobre cuanto fue lo real, frases lavadas, rifas de santero en las condensaciones de lo imaginario. Está cubierto por la sangre de la fraternidad de la Revolución francesa, por la degradación a un minuto escaso del abecedario de la igualdad de los soviets, el mismo lugar donde los informantes de lo indivisible reconocen el obstáculo surrealista como una posibilidad espontánea.

El dividendo es la muerte de Lincoln, la actividad es la raya de Malher, la astucia es la ceguera de Homero. Es el instante del triunfo ocasional sobre el tiempo de las omisiones, la ausencia con que la gente corriente busca cada mañana una explicación al embalaje del loco, el rastro que conduzca a un extraño, al sistemáticamente femenino, al curado por la pedagogía de los consejos.

Entonces el poema se levanta y da por terminada la superficie del lenguaje, se apoya en la escalera de mano, digamos el punto de vista desde el que se asoma al vacío, a cierto grado de premonición equidistante a la agricultura de lo que llamamos destino, y ahí, destructiva, irreparablemente fragmentado por el mecanismo íntimo, tampoco alcanza a dar testimonio de la mano izquierda de Dios.

## Apócrifo del nuevo mundo

Y si no, sabed:  
en lo que hacen obedecen al dicho de sus capitanes, con la mirada mándanlos cumplidamente sin otra culpa a quemar como ovejas se van a su cielo pidiendo pedazos de misericordia, ¿qué daño te puede hacer el hombre?  
y ellos en lo que dicen dicen *itzama* dios de las nubes como si mirasen la música del mar que hizo inteligente a Adán, y en lo que dijeron decían *ixtab* diosa de los suicidios véase qué sentirían si ni dejándoles niños sabrán ya del maíz que es la triguera sembrada de allá, así disminuyen de su mundo volviendo como bestias a las rosas del génesis, y allí tan abajo comerán su hambre, señor, en las chacras del pensamiento donde hozan las bellotas del rey, pues a miedo van a las indias los jesucristos y en tal regadío a no pocos deja ahogados la mortandad de su ley, coces da la cruz, majestad, y dícenlo así al ser herrados en la nuestra fe, a este ahorcaron que no son danzas en la sintaxis del disimulo, a otros hicieron sacramento de bellacos diciéndoles: demasiados indios, atado a un palo meten a su diablo cuchillo para que sepa de nuestro príncipe  
y después vi, señor, donde la avaricia almuerza su fama y os digo que no cortando orejas se escaparán de lo escuchado las obras del fraile firmadas a espaldas de sancta maría, a desconocimiento de lo resplandeciente los que ya mancos para la felicidad son izados a cuanto embadurna la inexistencia, aquellos modos de cuanto al salir entra en la timidez de la ostra nativa, pues si antes que más hiciesen ya son desaparecidos cómo abrirán sus ojos las futuras crianzas a la empresa del villancico, qué os he hecho, preguntan, qué mal os he dicho y se filtran en la noche sus silencios huidos de un disco de Louis Armstrong  
y en este rinconcillo del creador caída la cabeza de una parte y por otra repartido el cuerpo como raspas de su silbo se los llevan los peones como probanza a los ministros, más estacas repiten aquellos y desta noticia hacen instrucción de cuanto ya no puede caber en lo justo, de cuanto pudre la lengua el decirlo,



se busca el oro en las casas, en el cerebro por si hubiera, en el trébol  
de las perras,  
se les bautiza en aceite para abrasarlos por celos al vestuario de jade,  
no leen, no pueden leer sus ojos abiertos a lo temido, sus lenguas  
entalcadas  
por el silabario de la semejanza dicen la frase que sufre, dicen lo antes  
al silencio de las personas, no dicen ubre ni litro, dicen las esdrújulas  
de Nebrija al mensajero de los conejos, ya es razón suficiente  
la extremura del garañón de las bulas y lo mentidero de las ganancias,  
dará en mal lo enviado allí en donde el naciente está ya arrepentido,  
porque no es de licencia, alteza, que en molde de rencilla se incube  
a los que aún no predicados ya se les abomina y derrama  
por la ambición de verdad, despoblado está el día de esta parte  
donde no le ofendiera lo creíble si su compasión viese sus trescientas  
leguas de lástima  
y permitiese la granjería de tales antojos, la hilera  
de plantas de guisantes con las palabras que se han salido del surco,  
Thomas Jefferson sentado ante el polígrafo del amanecer,  
la edad de sesenta hombres que trabajan en el taller de clavos,  
la sequía, la longitud del espejo griego de la noche, la literatura  
del arce, lo que ha sido y se deja decir: el testamento en blanco de  
la felicidad,  
esto: el sirope de la democracia,  
dios prospere hoy mismo, ocho de diciembre,  
año de gracia de mil quinientos y cuarenta y dos.

## Póliza

Señor Fiscal del Distrito: No trate de persuadirnos. Detrás de esta  
puerta los inquilinos nos hicimos fuertes en la refriega contra la subida  
de tasas. Sobrevivimos a la ley seca y las inundaciones del año treinta.  
Los comunistas nos arreglaron el tejado y pintaron la cerca. Durante  
decenios hemos alimentado varias generaciones de gusanos de seda,  
abasteciendo con manzanas los supermercados de Newton. Padecimos  
la cacería de brujas, salimos huyendo de las congregaciones marianas.  
A juicio de los practicantes la guerra con los incrédulos es un asunto de  
días. Cómo vamos a ser optimistas. Las lágrimas de los predicadores han  
entrado en un callejón sin salida y en el estadio de béisbol los cráneos  
de los caracoles secos se lanzan sin paracaídas. Vivimos con el agua al  
cuello, nos duchan con gasolina. Hemos cumplido cada crucifixión al  
pie de la letra, primero una mano, luego la otra. Nos tratan como a las  
ocas blancas del domador de caballos, delincuentes cuyo índice de au-  
diencia está que se desploma. Nadie ha abandonado este edificio desde  
la Guerra de Secesión. Algún derecho debe asistirnos a los sobrevivientes  
del pararrayos.

## Bulevar Maiakovski

Lo que no me deja dormir es la cuchilla de la patinadora rayándome la pista del cerebro, esa viruta de acero de la Polonskaya saliendo por la puerta de emergencia del bulevar Maiakovski. Su carruaje de caballos, la vieja danza del revólver en el bosquecillo de diamantes salvajes. Lo que amo es un álbum de fotos donde orinan los príncipes de la noche manchados de naipes y tabaco. Yo también soy un diosillo sin sombrero que se limita a beber como si fuera un simple héroe en el muelle de los trotamundos. Maldita gracia esta fascinación de harapos y limpiaperlas a veinte grados bajo cero del infierno más próximo. No se hizo para ellos la milagrería de la almohada, sino el fantástico sumidero de la gran soledad. En fin, archidifícil la rusa.

## Según Duchamp

En el envés de cada hoja de helecho hay un hotel de pelotas de golf. Según Duchamp no consta que en el inventario provisional del miedo figure el parainfo del minotauro. Sí constan los pies de María Antonieta gorriones de Francia caminando sobre la nieve hacia el cadalso de oro. Consta su pudrición y tristeza. La comprensión del crimen es otra forma más exacta de crimen. Según San Mateo el arte nos prepara para las nubes y el purgatorio sigue siendo una sala de espera. Hasta donde sé después de la muerte no hay nada, ni la catástrofe ni el excremento. No te enamores del sol, cuélgalo en la pared como un cuadro y míralo hasta desfallecer. Contra todo pronóstico también las estatuas transcurren, una dinastía de reyezuelos absurdos que se apuñalan en los termómetros. Algunos pensamientos crecen hasta la cintura y los alumnos ebrios se besan con los devoradores de bocas en la frontera del profesor de la noche. Todo cometa es el marchante de un cóctel. En primer lugar se indaga lo escondido, las liberaciones de la posteridad en el almacén religioso. Se admira la cabeza del tigre y su peón diplomático. Se acoge el razonamiento del feligrés de buhardilla que abomina de Buckingham Palace. Según los menús turísticos el apetito por la belleza equivale a una gota de benedictine. Solo la metafísica del individuo mayor, solo la relatividad del romanticismo, podrá establecer una relación absoluta entre la conciencia del cisne y los preservativos usados por un ángel. Coleccionamos vidas, coleccionamos noches, aguas mercuriales en gasetas de velocidad transparente.

## Cacería del oscuro

*Ejidatarios de San Antonio Cumpich,  
apoyados por agentes de la Policía Judicial y de Seguridad Pública,  
acribillaron a balazos a un tapir al que, según versiones de los  
campesinos,  
“confundimos con un extraterrestre”.*

Diario de Yucatán, 27 de julio, 2001.

Qué oyes, le decíamos, oigo lo rojo. Le sacábamos la voz con un alicate. Le echamos argolla no fuese a darnos bocado. Brillaba ese bicho, qué vergüenza comería ese ermitaño. Dicen que mono. Comería blandura, cunas con madejas de perlé. Mala bestia sería si aún atado no se nos calmaban los miedos. Olía musicalmente y cuando lo destriparon se le vio la muñeca que llevaba dentro. Después de la balacera no se le acercaban las moscas. Allí lo dejamos, esparcido bajo las estrellas, hasta que se le fue arrugando el razonamiento. De pura lástima le echaron tierra. Toneladas de pensamiento le echamos para que no lo escarbaran los que respiran nocturno. No era del censo ni de la agricultura, sino delicadeza rapada por las nebulosas. Quién lo sabe, si no tenía nuca ni brazo como los herreros. Tampoco ardía. Aquí no hay manicomio, aquí no hay tribunal de justicia. Digo yo que tampoco serviría para la cacerola. Le quitamos los guantes, pusimos los ópalos en la palangana. Así lo aprendimos de los jesuitas. Era demasiado joven, era demasiado viejo para ser de este mundo. Primero se los echamos a los niños salvajes, luego le pusimos encima un altarcito modesto.

## Sucede

sucede que un día viene a cenar apollinaire y no hay nada en la nevera  
sucede que nuestra conversación es gratis como propaganda a la salida del metro  
sucede un arma corta calibre veintidós y un centímetro cúbico de carruseles belgas  
suceden los maniáticos minutos los maniáticos segundos las maniáticas horas  
sucede un aroma caliente en las calabazas de pentecostés  
sucede un yacimiento de icebergs en la vajilla rota del último sueño  
sucede el tic sucede el tac sucede veronal en los relojes viejos  
sucede que hay alquimistas en las primeras lluvias  
suceden pájaros trompeta mariposas rubias jóvenes anillos de leño  
sucede un funicular entre la aurora boreal y los maizales del club paraíso  
suceden altavoces de verbena en el deshielo de las pompas fúnebres  
suceden vientos niños en las heladerías que soñó petrarca  
sucede que al otro lado del teléfono vive acacia de madagascar  
sucede la oreja del nautilus en el buzón de las nieves astutas  
sucede un centavo de ruiseñor en el monedero de la dormición de la virgen  
suceden lágrimas populares incompatibles con el binóculo  
suceden manos que cuidan del esparto en el mausoleo de lenin  
sucede el extintor de las rosas en el cortejo de las siemprevivas  
sucede el apostolillo verde de los semáforos  
sucede que voy a contarte las cosas de mi vida tal como eran  
sucede un telegrama de nitroglicerina en tu lápiz de labios  
sucede que yo te quiero un noventa por ciento más que tu novio

## El paciente imaginario

*a Claudio Tassara*

Espera hasta mañana lunes, Horacio, le pidió Matías, no puede ser que de pronto te sientas tan mal. No puedo esperar, ni debo, le respondió él, para eso es mi médico, y clavó nuevamente el dedo en el timbre hasta que se abrió una ventana en el segundo piso y por allí asomó un hombre corpulento visiblemente enojado.

Quién es, preguntó con voz ronca y gruesa mientras se calzaba unos anteojos de marco transparente. Soy yo, doctor, se apresuró a decirle Horacio en un tono repentinamente desvaído, me estoy sintiendo mal, muy mal en realidad, y en efecto se había ido poniendo pálido y sudoroso.

Impávido, el médico le echó una rápida mirada desde lo alto y le preguntó qué era lo que tenía esta vez. Espero que sea algo muy grave, señor Gianusi, le dijo, y que no haya venido a arruinarme la única siesta semanal que puedo permitirme, con alguna dolencia imaginaria.

Horacio lo escuchó con impaciencia, respiraba agitadamente, tenía los puños apretados como quien junta fuerzas para volver a insistir. Porque debe usted saber —continuó diciéndole el médico alzando la voz—, que yo trabajo catorce horas diarias, seis días a la semana, en el hospital, en mi consultorio, visitando enfermos de verdad...

Horacio aprovechó un breve intervalo que hizo el médico para carraspear y tomar aire y se lanzó de lleno a describir en detalle los síntomas que lo aquejaban. Palpitaciones, mareos, especialmente agudos en las mañanas, por ratos falta de aire y sensación de cansancio, un cansancio tremendo, le dijo, y desde hace dos días sudoración en las manos, algo que nunca antes me había sucedido, a lo que el médico le respondió que si de verdad se encontraba tan mal cómo hacía para mantenerse en pie bajo un sol tan fuerte.

Horacio hizo una mueca de disgusto ante el escepticismo mostrado por el médico mientras buscaba argumentos para contraatacar. No puede seguir molestándome cada vez que se le ocurre, Gianusi, le dijo

a los gritos el médico. Pero doctor, trató de interrumpirlo Horacio nuevamente. Nada de doctor, lo detuvo con prontitud el hombre desde el balcón, me tiene usted hasta los cojones con sus idioteces, si está por morirse muérase de una buena vez pero no en la puerta de mi casa... y búsquese otro médico..., agregó enrojecido.

Lejos de amilanarse, Horacio había recuperado color y su respiración se había hecho más firme. Con inusitada prestancia increpó al médico diciéndole que ese no era el lenguaje de un galeno, y usó esa palabra que le hizo gracia a Matías, dónde ha dejado su juramento hipocrático, le enrostró, lo voy a denunciar ante el Colegio Médico, chanco desgraciado, y Matías lo jaló del brazo hacia la pista justo a tiempo cuando el médico les lanzaba una maceta con claveles rojos que se estampó ruidosamente en la vereda. Se alejaron de allí lo más rápido que pudieron tratando de evitar mayores males.

Aunque Horacio quedó algo sobresaltado tras el incidente, por el momento al menos pareció olvidar sus dolencias. Le dijo a Matías que denunciaría al médico y que lo quería como testigo de su parte, a lo que Matías se negó. Le preguntó también si no conocía un cardiólogo de renombre que pudiera reemplazar a ese miserable matasanos. Matías trató de calmarlo, le propuso que caminaran de regreso a su casa en vez de tomar un taxi y finalmente quedaron en conversar de nuevo unos días más tarde, cosa que no llegó a suceder.

Meses después, Horacio y Matías se encontraron en el velorio de un amigo que había fallecido tras una corta e inesperada enfermedad. Estaban consternados, ellos dos y Antonio, otro compañero de la época escolar con el que hicieron trío de congojas. Joven como ellos, alegre, buen deportista, el amigo se había ido en un santiamén.

Al terminar los funerales decidieron irse a la playa a hablar de la vida y escuchar el mar. Una y otra vez la enfermedad del compañero y su rápido desenlace los salpicaron de intranquilidad. El nerviosismo de Horacio no se hizo esperar. Llegado el atardecer, convinieron en que no sería mala idea hacerse un chequeo médico en el instituto de enfermedades neoplásicas donde los realizaban en forma gratuita y con los métodos más avanzados. Como algo preventivo, claro está, aclaró Antonio.

Unos días más tarde, siguiendo las averiguaciones de Horacio, los tres se encontraron en el antiguo nosocomio esperando turno en una cola que desde el patio del local salía y llegaba hasta la esquina, rodeados

de gente visiblemente mayor que ellos, algunos en evidente mal estado de salud.

Tal como anticipaba un letrado de la entrada, a las diez de la mañana se abrió una puerta alargada y alta para dar inicio a las inscripciones de los chequeos de ese día. Un enfermero bajito y ceremonioso, envuelto en un mameluco blanco demasiado grande para él comenzó a tomar los datos con diligencia. Unos minutos más tarde, encontrándose ya más cerca, se detuvo a mirarlos haciendo un gesto de desaprobación que a Horacio le disgustó.

Cuando finalmente les llegaba el turno, el enfermero dejó caer los brazos con las fichas de registro en una mano y el lápiz en la otra, y les preguntó con displicencia qué era lo que hacían ahí. Venimos a un chequeo, le contestó Antonio. Ah, ya veo, comentó el enfermero, ¿y la orden médica? ¿Cuál orden médica?, preguntó Antonio interrogando con la mirada a Horacio, no tenemos ninguna orden médica. Venimos por precaución, intervino Horacio, medicina preventiva ¿entiende?, pues bien, a eso venimos.

Ah, bueno, respondió el enfermero, haberlo dicho antes, ahora entiendo, claro que he oído hablar de la medicina preventiva, pero en este hospital, añadió soltando un hondo suspiro, para hacer uso de la medicina preventiva hay que tener más de cuarenta años o venir con la orden de un médico, o es que ustedes no saben leer, y señaló con el lápiz un letrado amarillento que colgaba de una pared lateral. Y agregó, bienvenidos al tercer mundo, o al cuarto, ya ni se sabe, welcome, welcome, aquí falta dinero para todo lo que realmente importa y no disponemos de tiempo para atender a enfermos fantasiosos, añadió, y prosiguió su recorrido como si los tres se hubieran vuelto repentinamente inexistentes.

Antonio y Matías se quedaron estáticos, avergonzados. Horacio, fuera de sí, lanzaba diatribas contra la arbitrariedad de los médicos y sus segundones los enfermeros, denunciando el abuso acabado de cometer por ese pequeño dictador envuelto en un mameluco. Los pacientes en la cola los observaban azorados, algunos sonreían, los más criticaban las impertinencias de Horacio. Están en un hospital, jovencitos, les dijo una señora muy mayor que se apoyaba en un bastón, respeten, y acto seguido se les acercó un policía para pedirles que abandonaran el local, cosa que hicieron de inmediato.

Ya en la vereda, caminaron algunos metros sin hablar, hasta que Antonio se detuvo de improviso para hacerle una pregunta a Horacio, qué es para ti la salud, le dijo, pero escúchame bien, hermanito, no te pregunto por las enfermedades, los dolores ni por el peor de los padecimientos, sino por la salud.

Matías, entretanto, trataba de imaginar qué estaría pasando por la mente de Horacio en esos momentos, mientras se transformaba de un agonizante en un impugnador y nuevamente en un ser indefenso y confundido. Los tres detuvieron la marcha, la gente circulaba alrededor de ellos sin prestarles atención.

Horacio los miró y les dijo, la salud, queridos amigos, es una transitoria sensación de bienestar que a nada bueno conduce, y siguió caminando como si todo hubiera quedado esclarecido. Pensando que Horacio lo había dicho en broma, Antonio y Matías se echaron a reír.



## Cuatro por cuatro

### quién entiende las rosas

guardamos la profunda sabiduría de los lugares que viajan sobre las plazas y los hombres. no hay tiempo entre la culpa y la espuma. están las certezas incómodas en el pecho antiguo de las casas altas. el hogar de las encarnaciones robando eternidad al pico de un soldado descalzo. el mar, la silueta de una lágrima destruyendo el clima, la vista abierta desde una ventana para escuchar los muros. es vacía y desnuda la fila de muertos con ojos aéreos sugiriendo eternidad y goce, mientras la espalda se extiende y las manos se hacen manía. todo el espacio tiene cuerpo de fuego, voz de menta y canela. solitario sueño de angulosa carne humana que lejos de la sicodelia y el rencor, piensa, *he sido desesperación y memoria.*

### una mujer de lunares azules

tus brazos no tienen rumbo, son llaves abriendo la fruta. tus piernas, secretas orillas que vuelven anchas aguas en tempestad. un hombro de luna que alcanza el cielo y deshoja la calma. todas las paredes de casa, transparentes, llenas de sombra y sol miran las huellas del agua pateando los bordes. podría llenar mi alma de cosas nuevas, de estrellas y color morado. seríamos para siempre, un puñado de aves que inunda y encierra, seríamos tacto y sospecha simulando aleteo, escamas, naufragio.

## No one

Una junto a la otra, ambas piernas rozando la misma forma de caminar y los aviones despidiéndose con las cejas y las mujeres dentro. Madrid de noche tiene luces y precipicios gigantes. Tus brazos acortan las distancias y el universo se convierte en una pieza amarilla. No importa nada más, dos segundos.

## playa desierta

tu espalda se encuentra con las olas, yo te miro y hay vacío. tus brazos y piernas son del largo de la nostalgia en la noche. aúllan los caracoles en la sombra de tus ojos, no hay regreso ni ruido. nadie entiende la cuesta arriba, el peso de las mochilas persiguiendo el cansancio. de perfil y llena de gafas, tu rostro es lluvia y los golpes no tienen edad.

te llamarás paula y olvidarás mi nombre cuando sea temprano. yo no sentiré la culpa de verte de espaldas sigilosa y dormida. huiré de las estrellas blancas, me quedaré para siempre a unos metros, detrás de la puerta. en el agua dulce de las burbujas.



BEA LUNAZZI

## El alfiletero (fragmentos)

La palangana contiene desechos, dolor aprisionado liberado por arcadas rebeldes a un ritmo preciso, agua de gruesas cicatrices.

No es esa catarata de efluvios amarrados, sanguinolencias, verdores de pus.

No es ese echarse a andar por propio mandato de las vísceras, insubordinadas a una razón, lo que clama *misericordia*.

*Soy la mujer número uno, la receptora de todas las miradas. Soy la mujer joven, ligera, vital; con mi cuerpo adherido a una musculosa de nylon, cortita; a una sentencia que me limitará.*

*La barra de aluminio de la camilla es fría, no calma mi necesidad de prójimo, de compasión humana, de un ser-junto-a-mí. Tengo miedo de que mis dedos se endurezcan. Tengo miedo a rozar la rigidez de mi muerte.*

El rostro pálido.

El cabello desteñido y sucio. El cuerpo enflaquecido, amarilleado por la enfermedad.

Olores intestinales, estomacales, seborreicos, inundan la habitación.

Ella gira hacia el otro costado, pliega sus rodillas, apoya un codo sobre el colchón, se incorpora, tensa el cuello, los rasgos de la cara.

*Este pudrirme es estrictamente mundano.*

\*

Alguna vez la realidad cambiaba; se presentaba impúdica sobre los rizos del estampado de una tela, en una lámina, envolviendo una intensidad que se propagaba punzante desde la presumible idea de tersura en una piel hacia los fondos más riesgosos del deseo. El clamor original se apropiaba entonces de su rostro súbitamente rosado, de las manos ansiosas, de un pubis que se salía de sí —*qué hago yo ahora*— y esclavizándola la

llenaba de contradicción, la colmaba de goce. Entonces desaparecían su madre, las chicas del taller de costura —tan modositas y compuestas— y el sermón de los domingos, el del cura párroco; no el jovencito, el nuevo, el de los ojos color miel; ese quedaba: inesperadamente se sacaba la sotana, se sentaba en el sillón y le pedía algo que el ensueño no podía descifrar. Hasta ahí podía ver. Después, todo se desintegraba aunque ella hiciera esfuerzos por componer una historia. Su elástica fantasía se cortaba en ese punto y la voz de la madre venía a ocupar el espacio destinado a su visión. De la aguja clavada en la almohadilla flameaba un hilo rojo entre cabezas de alfileres, su filosa sombra los iba opacando y descubriendo, trazaba un itinerario regido por una inadvertida, implacable brisa.

\*

*hay que colgar los trapos en el tendal, detrás de la higuera. Vas con la palangana llena de ropa y volvés con la fruta madura.*

Tenés que internarte en el terciopelo de las hojas carnosas, ásperas; entre los quistes anudados a las ramas; entrar en lo profundo del frescor y estirarte. Estirar el brazo, la mano, el dedo índice, el mayor; *ahí está la breva, aún.*

Morder una breva es encegucerse. El jugo te penetra la boca con brusquedad, invade el paladar, se derrama en las mucosas. Vas a notar cómo tu ansiedad se apresura. A la breva la comés con el cuerpo acelerado. Una voracidad casi malsana se apoderará de ti justo antes de rendirte a la voluptuosidad.

Cuando decidas regresar, descalza sobre el camino, gozarás con el crujido del pasto amarillo por la seca de diciembre.

\*

Estoy con este camión estirado de tanto uso, lleno de bolitas de peeling donde rozan las tetas; casi sucia, casi inmóvil, en esta cama de la 124 ya casi mía. La ventana, a la derecha, sólo muestra un cielo mínimo que no me pertenece, porque las cosas se apropian de los que sienten su derecho.



*Morder una breva era enceguecerse*

Ahora me la paso insultando a las enfermeras y a las mucamas.

La boca dulce y la cabeza llena de pajaritos.

\*

Ella leyó los fragmentos referidos a esa edad de noche aterradora eternizada ahora en su voz. Absurdamente no reparó en el dulce ritmo que proponían los versos; en la esperanza que subyace a todo eclipse, a toda catástrofe.

El renacer estaba también allí, en esa composición íntimamente sostenida por el pulso y el silencio.

\*

Era de noche y pescábamos bajo la lluvia. Creíamos -ciegamente- que la tormenta desorientaría a los peces y así nosotros sacaríamos provecho.

No entendimos, tan entusiasmados estábamos, que la corriente tiene sus propias leyes independientes de la superficie.

Pegados el uno al otro, sosteníamos con las manos entumecidas por el frío, las elementales cañas. Hechizados por las formas del agua, los ojos no podían abandonar la prueba de la imposible repetición.

Muchas horas estuvimos así, a la intemperie.

No nos protegimos. No supimos cómo.

\*

Me partieron el tabique, y mientras lo decías hiciste un gesto con las manos que parecía una ofrenda.

Contabas sobre tu juventud.

En la mesa baja donde apoyábamos los pies, los libros y los recortes de diarios yacían en aparente desorden.

A nuestras espaldas, el ventanal dejaba entrar el bosque de pinos. Eran las cuatro de la tarde. El sol caía por detrás del follaje y la habitación enloquecía de formas y color.

A través de mis ojos encandilados, tu perfil era una conjunción de manchas resistentes a la focalización.

¿Era aquella sala la prolongación de un paisaje filtrándose?

La foto en el periódico de un choque múltiple fue alcanzada por un haz de luz *un nudo de autos y camionetas destrozadas sobre la autopista. Diez personas sufrieron heridas, y una de ellas está grave; había mucha niebla.*

\*

El barquito se llamaba Noncué y estaba destartado, pero a vos te enloquecía la idea de zarpar.

Estabas parado sobre la piedra carcomida del muelle mirando con los ojos llenos el espectáculo de ese día.

Un poco más tarde me confesaste no estar en condiciones de amarme.

El sitio había sido un puerto arenoso y conservaba una precaria construcción casi en ruinas. En su interior se acumulaban yuyos y basura pero para los perros abandonados ese refugio era el cielo.

El día seguía siendo impudicamente bello. Los rayos del sol, ahora más cerca del agua, doraban la nave y la pulían de toda imperfección.

Cuando nos íbamos –por el camino de tierra y tosca– diste un último giro, mientras decías –bien bajito– que *no me olvidarías jamás.*

\*

## Cuaderno de labor

### Explicación de la bombacha

Se traza un rectángulo que tenga de ancho la cuarta parte del contorno del busto más una décima.

– ¿En la batita bebé, el ojal se hace cerrando un solo punto?

De largo, el que se desee.

Se forma el rectángulo AB-CD, desde A hacia B se mide  $\frac{1}{2}$  décima y se obtiene el punto G.

- Tengo que confesarme.
- ¿Con el padre Norberto?
- No. (*con el padre Norberto por favor no*)

La labor es un sistema teórico-práctico proporcional de corte y confección. La medida básica es la circunferencia del busto dividida en 10 partes iguales.

Se une G y F por medio de una oblicua,

- Teresita usa medias de seda
- ¿Tan chica?

de B hacia A  $\frac{1}{2}$  décima,

- El padre dice que *le subieron los colores* y es que ella se pinta...
- (...)

punto H  $\frac{1}{4}$  de décima hacia el interior del rectángulo.

– El domingo no comulgó. Se arrodilló a rezar como si hubiera ido. Pero no fue.

– ¿Quién daba la misa?

Se une el punto I con el G, E con I y con A.

Se teje de abajo hacia arriba.



UMBERTO SABA

*Selección y traducción de Rodolfo Alonso*

### La cabra

Hoy le he hablado a una cabra.  
Sola estaba en el prado, estaba atada.  
De hierba harta, bañada  
por la lluvia, balaba.  
Aquel balido igual era fraterno  
a mi dolor. Y respondí, primero  
riendo, después porque hay dolor eterno,  
tiene una voz, no cambia.  
Sentía esa voz  
gemir en una cabra solitaria.  
En una cabra de rostro semita  
sentía quejarse a cualquier otro mal,  
a cualquier otra vida.

*(Il canzoniere, 1921)*

### Trabajo

En un tiempo  
era fácil mi vida. Y la tierra  
me daba flores, fruta en abundancia.

Ahora labro un terreno seco y duro.  
La azada  
choca en piedras, maleza. Cavar debo  
hondo, como quien busca un tesoro.

### Boca

De la boca  
que primera en mis labios  
puso el rosa del alba,  
todavía  
expío el perfume en bellos pensamientos.

Oh boca juvenil, boca querida  
de atrevidas palabras y que eras  
tan dulce de besar.

### Ventana

El vacío  
del cielo sobre el color de purgatorio  
de las tejas. Detrás, la maternal  
línea de las colinas; la cuesta abajo donde  
de las cornisas del teatro bajan  
palomas; reverdece  
un árbol que poca tierra nutre;  
estatuas llevan alados en la lira;  
niños con caprichosos gritos andan  
corriendo.

*(Ultime cose, 1935-1943)*

### Tenía

De una borrasca innoble aquí llegado  
a hospitalaria casa, me asomo  
–libremente por fin– a la ventana.  
Miro en el cielo pasar nubes,  
blanquearse el gajo de la luna.

Palazzo Pitti enfrente. Y me hago  
vanas viejas preguntas: ¿por qué, madre,  
me has traído al mundo? ¿Qué hago ahora  
que soy viejo, que todo se renueva,  
que el pasado es escombros, que en la prueba  
impar me encontré ante espantosos  
hechos? Viene al menos la fe aún  
en la muerte, que todo ella resuelva.

Tenía el mundo para mí; tenía lugares  
del mundo en que era salvo. Tanta  
luz en ellos he visto que, a ratos,  
era una luz yo mismo. ¿Recuerdas,  
tú de jóvenes amigos el más caro,  
tú casi un hijo para mí, y que sin embargo  
no sé dónde ni si estás, que a veces  
prisionero te pienso en la tierra  
escuálida, en manos enemigas? Vergüenza  
me da entonces de este poco alimento,  
del hospitalario provisorio techo.  
Todo me lo llevó el fascista abyecto,  
y el ávido alemán.

Tenía una familia, una pareja;  
la buena, la maravillosa Lina.  
Está viva aún, pero al reposo dada  
más de lo que años le imponen. Y un ansia  
piadosa me da de verla todavía,  
atareada no en sus casas, el fuego  
alimentar de escasa leña. De otros  
tiempos al doloroso recuerdo el corazón  
se aprieta, remordiéndome, en el pecho.  
Todo me lo llevó el fascista abyecto,  
y el ávido alemán.

Tenía una niña, hoy una mujer.  
Veía en ella de mí la mejor parte.  
El tiempo funesto encontró aún el arte  
de apartarla de mí, que la raíz  
en mí ve de sus males, ni ya el ojo  
me quiere, azul, con el usual afecto.  
Todo me lo llevó el fascista abyecto,  
y el ávido alemán.

Tenía una ciudad entre los montes  
rocosos y el luminoso mar. Mía  
porque ahí nací, más que de otros mía  
que joven la descubrí, y adulto  
por siempre con Italia la desposé en el canto.  
Vivir se debía. Y yo por tanto  
entre los males elegí el más digno:  
de antiguos libros raro negocito.  
Todo me lo llevó el fascista abyecto,  
y el ávido alemán.

Tenía un cementerio en que mi madre  
duerme, y los viejos de mi madre. Bello  
como un jardín; ¡cuántas veces allí  
me refugiaba en mi pensar! Oscuros  
exilios largos, tristes hechos, aquel  
incierto jardín muestran y aquel lecho.  
Todo me lo llevó el fascista abyecto  
—hasta la tumba— y el ávido alemán.

(1944)

Hoja  
1942

Yo soy como aquella hoja –mira–  
en la desnuda rama, que un prodigio  
mantiene unida aún.

Niégame pues. No se entristezca  
la bella edad que en ansia te colora,  
y por mí en brincos infantiles tarda.

Dime tú adiós, si decirlo no logra.  
Morir es nada, difícil es perderte.

Amé

Amé palabras simples que ni uno  
osaba. Me encantó la rima flor  
amor,  
la más antigua difícil del mundo.

Amé la verdad que yace en lo hondo  
como un sueño olvidado, que el dolor  
amiga redescubre. Con miedo el corazón  
se le aparea, y ya no lo abandona.

Te amo a ti que me escuchas y a mi buena  
carta dejada al final de mi juego.

Ángel

Oh tú que contra mí viejo en la flor  
de tus años te alzas, ojos que la ira  
encienden más nuestra como estrellas,  
boca que con los besos dados y acogidos

armonizas palabras, ¿es quizá mi  
incauto amarte un sacrilegio? Ahora esto  
queda entre Dios y yo.

¡Alto cielo! ¡Mi bello amor resplandeciente!

Mediterránea

Pienso en un mar lejano, un puerto, ocultas  
calles de aquel puerto; como en un día allí estaba,  
y aquí estoy hoy, que a los dioses las palmas  
implorantes elevo, no quieran castigarme  
por una última victoria que suplico  
(pero, por dulce, rige el corazón apenas);

pienso en sirena oscura  
–beso ebriedad delirio–; pienso en Ulises  
que allá abajo se alza de un triste lecho.

Amor

Te digo adiós cuando te busco Amor,  
como mi tiempo quiere y este gris.  
Oh, en ti estaba la sombra de la tierra y el sol,  
Y el corazón de un joven sin ningún corazón.

Cuentito

Devastada la casa,  
la casa arruinada.  
Mil y una noches no la habitan ya.

Como un jardín su verde Alepo  
una tierna madre recordaba.

Acogía a las amigas, palpitaba  
por el hijo inquieto. Y el café  
ofrecía, en tacitas, a la turca.

Devastada la casa,  
la casa arruinada.  
Mil y una noches ya no acoge.

La arruinó desde el cielo  
la guerra,  
en tierra  
la devastaba el alemán. Lloraba  
la gentil las suyas propias y las humanas  
miserias. (No podía odiar). El hijo  
huyó a los montes, allí encontró a un querido  
amigo suyo, con él jugó su vida.

Eran caros amigos, se maravillaban  
recíprocamente, exageraban  
un poco envidiosos, mujeres amores.  
Eran caros amigos cuando romper  
tú los veías horrorizado a golpes:  
un mulo y un antílope.

Devastada la casa,  
la casa arruinada.  
Pero los dos muchachos viven todavía;  
Vivas aún, un poco encanecidas, las madres.

## Ulises

Desde mi juventud he navegado  
junto a las costas dálmatas. Islotes  
a flor de agua emergían, donde raro  
un pájaro acechaba atento a presas,  
cubiertos de aguas, resbalando, al sol

bellos como esmeraldas. Cuando la alta  
marea y la noche los cegaba, velas  
a sotavento más caían al mar,  
para huir de su insidia. Hoy mi reino  
es su tierra de nadie. A otros el puerto  
encendía sus luces; a alta mar  
empujé todavía el bravo espíritu,  
y de la vida el doloroso amor.

## Gratitud

Un año atrás, y en esta época, yo en Roma.  
Tenía a Roma y la felicidad.  
De una gozaba abiertamente y la otra  
por cábala callaba.

(*Mediterranee*, 1946)

## Pájaros

La alada  
estirpe que amo – ¡tanta hay en el mundo!  
de tanto uso y costumbre, ebria de vida,  
se despierta y canta.

## Nietzsche

En torno a una grandeza solitaria  
los pájaros no vuelan, ni indecisos  
hacen junto a ella el nido. Sólo oyes  
el silencio, no ves nada más que aire.

(*Uccelli*, 1948)

## Al lector

Si lees estos versos y en lo hondo  
más que bellos, los sientes verdaderos,  
encuentras un canario Y TODO EL MUNDO.

## Envío

Tras de callar tres años escribí  
pocos versos. No puedo  
enviártelos, de quien tan caro me era  
(me sería) un elogio. Pero herido  
el corazón siento por una punta  
como un remordimiento.

## Pasiones

Están hechas de lágrimas y sangre  
y de algo más aún. El corazón  
late a la izquierda.

## Momento

Los pájaros en la ventana, las persianas  
cerradas: un aire de infancia y de verano  
que me consuela. ¿Realmente tengo los años  
que creo tener? ¿O sólo diez? ¿De qué  
me ha servido la experiencia? Para vivir  
pagado de pequeñas cosas donde vivía  
inquieto en un tiempo.

## Sueño

Reunir muy extraños animales  
(quiero decir extraños uno al otro) y escribir,  
solo y con ellos, cierta fabulita.

En eso sueña mi sabiduría  
última. Y es, cual todo sueño, vano.

## Fotografía

Esta faz que endurecen los afanes  
y el tiempo, y que tú al vuelo,  
Nora, gentil fotógrafa, has asido;  
es mía, dices. – Si me veo, es sólo  
muerto. Oh muchacho de quince años.

## Diálogo

Él

De mí dirán, cuando esté muerto:  
Pobre viejo desesperado y solo  
Cantaba como canta un ruiseñor.

Ella

No eres un ruiseñor; eres un mirlo.  
Silbas más fuerte de noche. Y nadie  
puede arrancarte del pico tu piñón.

(*Quasi un racconto*, 1951)

## Ele Hache: aniversario con divertimento

Ya treinta años desde que Luis Hernández dejó este mundo y la conmemoración no deja dudas respecto del desafío que sigue presentándonos su obra. Hace falta una edición crítica que se haga cargo de los múltiples textos poéticos de sus cuadernos ológrafos, así como de la labor de traducción en versiones “puras” o “fraguadas” de poemas del alemán, inglés y francés. Una edición que encare, con intención definida, los textos que son simple testimonio de estadías personales en clínicas o los textos de reflexión religiosa o social, las citas de innumerables autores y fuentes, para no mencionar los chistes, juegos de palabras, las ideas atrapadas al vuelo. Todo esto le debemos a Luis Hernández a treinta años de su muerte. Algo se ha hecho, es cierto, en honor a la amistad pero con escaso rigor literario. La tarea ha de ser de deslinde, de selección de textos a partir de esas centenares de páginas que siguen vigentes y sin investigar, incluidos los dibujos a color, los pentagramas, los collages. Pero este no es el momento de lamentarnos sino de celebrar la vivísima poesía del más misterioso de los escritores peruanos.

Aprovecharé la ocasión para homenajearlo de manera indirecta. En *Las constelaciones* (1965) empieza un diálogo sutil con la obra de Ezra Pound, diálogo que será muy serio en un comienzo y después, ya en confianza, se animará a ser juguetón. Este adjetivo, en el quehacer poético, no está reñido con la exigencia. Al poema famoso, y con objeciones, en honor de su *amigo inconfesable* (*viejo fioca*, le dice ignorando quizás la concordancia en italiano: viejo débil, de tenue voluntad), el joven le sumó la serie de “Cantos de Písac” que evocan los *Pisan Cantos* del poeta ya afincado para ese entonces en Venecia. ¿Cómo llega Hernández a la obra de Pound, qué ediciones maneja de ésta? No lo sabremos porque todas las posesiones del poeta se desperdigaron con su muerte. En *Charlie Melnik* (1962), sin embargo, hallamos un epígrafe de Dylan Thomas que apunta a uno de los temas clásicos y predilectos del poeta del barrio de Jesús María: el sentimiento del tiempo, el ansia de retenerlo en unas cuantas imágenes.<sup>1</sup> Si tomamos en cuenta la honda amistad con Javier

<sup>1</sup> *Now, as I was young and easy/ under the apple boughs*. Cf. Luis Hernández: *Trazos de los dedos silenciosos*. Antología poética (Lima: PetroPerú / Campodónico, 1995), p. 17. El poema de Thomas es el

Heraud, hemos de concluir que el interés por la poesía en lengua inglesa pudo haberle venido a través del autor de *El viaje* (1961); imaginemos, entonces, que Heraud se “apoderaría” de T. S. Eliot, dejándole a su pata Hernández el influjo de Pound.

En una de las versiones de “Ars poética”, en el *Archivo Luis Hernández* (Special Collections, Allen Library, University of Washington, Seattle), surge esta estrofa: *Consérvame en la solitud / De las costas abruptas / Y grises y de los mares / Sin sol, más aún, / Creo en el plagio // Y con el plagio creo, / Continúo, pleno / El aire de colores...* (XC13, pp.39-41, dos caligrafías en azul). También la tercera estrofa de “[La majestad de los días pasados]” nos remitirá a la misma inquietud: *Es el misterio del recuerdo, / Que jamás confundirás / Con la trama accesoria / De las cosas...* (XC29, pp.25-27, una caligrafía en azul). En otro cuaderno hallamos, solitarios en su solidez, tales versos: *Consérvame en la frialdad / De las costas abruptas / Y sin sol / Y de las aguas grises* (XC22, p.23, una caligrafía en azul). ¿A quién está citando nuestro poeta? ¿O sólo se vacila gracias a un estribillo de ocasión?

Por esos misterios de la memoria retuve siempre, desde la primera vez que lo leí, un poema de Pound que aparece en un libro que Luis Gregorich dedica al arte de la lectura:

Sé en mí como el humor perenne  
del cierzo helado  
Y no como las cosas transitorias:  
júbilo de flores.  
Tenme en la fuerte soledad  
de riscos penumbrosos  
Y aguas grises.  
Que los dioses nos invoquen dulcemente  
En días venideros,  
Y las sombrías flores del Orco  
Te recuerden.<sup>2</sup>

conocido “Fern Hill”, la colina de los helechos, donde la voz del protagonista, por el mar del tiempo, añora una plenitud en el canto que nace de sus cadenas. Armonía contradictoria: libre y presa en las ondas de la pronunciada matriz acuática.

Las citas siguientes de los “Cantos de Písac” provendrán también de esta edición, p. 38.

<sup>2</sup> Luis Gregorich: “La lectura de la poesía”. *Cómo leer un libro* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1972), p. 82. El poema, de título griego, pertenece a *Ripostes* (1912) y puede hallarse en *Selected poems of Ezra Pound* (New York: New Directions Paperback 66, 1957, 22nd. printing) p. 21.



Gregorich no dice si él tradujo del original (en el libro hay también versiones de Baudelaire, Rimbaud, Whitman, Rilke, Breton, Artaud, Prévert, Maiakovski), pero ésta es la fuente que se me quedó grabada y que conservo con mucho cariño.<sup>3</sup> El pequeño volumen me lo había traído de Buenos Aires, en abril de 1975, el profesor Luis Roth, director técnico del Defensor Aurora. Por eso es que muchos años después (sin pelotón de fusilamiento) había yo de recordar aquella tarde en que leí los versos de Pound e identifiqué de inmediato su sentido en varios poemas del grandísimo Ele Hache. Siguiendo la enseñanza del maestro de Rapallo, el lírico de la calle Seis de Agosto sabe alterar y esconder sus tesoros. Es más, la referencia en “Ars poética” (*Creo en el plagio / Y con el plagio creo...*) pertenece por méritos propios (crear la creencia, sería el lema) al sistema poético de T. S. Eliot en *The Waste Land* y también a la poesía de Cavafis y su manera de “actualizar” el mundo griego clásico mediante un giro expresivo o una insinuación del presente histórico. Fernando Pessoa, lo sabemos, se lanza a crear heterónimos que, en última instancia, serían los “plagiarios” del propio Pessoa: persona enmascarada, máscara personificada. (¿No puede decirse lo mismo, por ejemplo, de las innumerables caligrafías de Ele Hache y de sus alter egos: Gran Jefe Un Lado del Cielo, Shelley Álvarez, Byron Keats, el Inspector?) Muchas “traducciones” de Hernández son como las de Pound: meros ajustes sobre el texto original, “acomodamientos” de su propio interés, jalar el agua ajena hacia las aspas de su molienda estilística.

Observemos la manera en que procede a la transformación de “Alba”, brevísimo poema de Ezra Pound, del libro *Lustra* (1916). Los versos anhelan abrirse como pétalos japoneses:

Fresca, como la pálida,  
Húmeda flor de la campanilla  
De Mayo

Reposa ella a mi lado  
Cuando la Aurora<sup>4</sup>

<sup>3</sup> Para otras versiones en español de este poema de Pound, cf. *Personae*. Traducción y presentación de Ricardo Silva-Santisteban (Lima: Ediciones Pedernal, 1995), p. 78; y *Antología*. Traducción de José Coronel Urtecho y Ernesto Cardenal (Madrid: Visor, 1979), p. 30.

<sup>4</sup> *Archivo Luis Hernández*, XA04, pp.15-17. Dos caligrafías. Texto en rojo, título en verde en la p. 15 (con el nombre de Ezra Pound en azul).

El original en inglés tiene tres versos (haikú al acecho) y nada más: *As cool as the pale wet leaves / of lily-of-the-valley / She lay beside me in the dawn.*<sup>5</sup> Lo interesante es que páginas más allá en el mismo cuaderno en que aparece la versión de “Alba”, ubica Hernández una reflexión que le sirve de compañía y que puede entenderse como un enlace con varios poemas del libro de 1965. El “Ensayo sobre Ezra Pound” esquivo de plano la declaración de principios artísticos. Sin embargo, Hernández proclama, con astucia de prosa poética, la eterna contradicción entre la actitud de vida y la creación artística, la relación entre el canto lírico y la Historia que el poder escribe con sangrientos episodios. Habría que leer estos párrafos *sui generis* (tres versos finales y cita en inglés intercalada) con “Ezra Pound: cenizas y cilicio” y los cuatro poemas sobre Beethoven (principalmente el “Cuarteto Opus 135”) de *Las constelaciones*. El poeta nacido en Idaho fue para Hernández un guía extraño, ese “amigo” del que es mejor no hablar porque nunca ocultó su antisemitismo y la adherencia al Fascio romano. Pero llega a ser la piedra de toque de una reflexión acerca del curioso destino que a veces separa a una vida del sentido de su palabra artística. El segundo de los “Cantos de Písac” es un soneto revelador del arte de Hernández y del “cauce de lo alado” que orienta a todo el libro hacia los signos estelares: *...enredadera / Flama amada del tiempo, desvaída / Por la turbia carcancha, tan certera*. El ascenso como deseo se repite una y otra vez, pero la visión de la tierra, la crueldad de la Historia, es el escollo. Los equívocos son innumerables. Vallejo habría coreado: o todos somos inocentes o todos somos culpables. No hay otra. He aquí el “Ensayo sobre Ezra Pound”, júzguelo cada quien:

*Ante la Poesía de Pound nos encontramos siempre extrañados, ajenos. Su extrema lucidez nos impide el seguirlo. Únicamente el efecto brota cuando de sus labios se oye cantar de New York, de la Suprema Poesía, o del milagro de la emoción:*

*Only emotion endures.*

<sup>5</sup> *Selected poems of Ezra Pound*, p.36. Las versiones de Silva Santisteban y Coronel Urtecho y E. Cardenal se parecen: Tan fresca como las pálidas hojas húmedas / del lirio del valle / yace a mi lado al romper el alba (*Personae*, p. 117); Fresca como los pálidos pétalos húmedos/ del lirio del valle / Duerme a mi lado en la alborada (*Antología*, p. 73).

*El resto es la melancolía y el dolor de un alma grandiosa lapidada, emparedada en vida. Si colaboró con aquel puerco en Italia, hay que comprender que no existe nadie más sujeto a errar en política, y en la vida, que un Poeta.*

*Sin embargo, en Tokio, el Emperador Hirohito continúa en sus pulcras funciones y pululan criminales de guerra sobre la faz de esta Tierra.*

*Felizmente Pound perdonó y siguió cantando.*

*Cantas  
Y ése es tu brillo  
Cantas<sup>6</sup>*

¿Cuánto pesa Pound (*no pun or pound intended*) en la obra de Hernández? Muchísimo, sí, pero es un peso escondido y acaso engañoso porque las preocupaciones de nuestro poeta pasan por la música de las esferas, el Romanticismo inglés y alemán y la obra dual de Goethe (un pie en la razón y el otro en el delirio). En la edición ampliada de *Vox horrisona* (1983), hallamos la transcripción del texto que aparece en el cuaderno XC09, p.83 (una caligrafía en azul):

Qué es lo que ellos  
saben del amor  
y qué es lo que  
ellos pueden comprender

Si no comprenden más  
la Poesía que es  
si no entienden la  
Música, qué podrán  
comprender de esta  
pasión, comparada a

6 "Ensayo sobre Ezra Pound". *Archivo Luis Hernández*, XA04, pp. 37-43. Varias caligrafías. Título en rojo en la p. 37. Texto en negro y azul. En la p. 43 los tres versos finales.

la cual es la rosa  
grosera y la violeta  
tan solo un trueno.<sup>7</sup>

Es, a todas luces, un texto "forzado" a estar en verso cuando se siente que su hábitat es la prosa. El poeta tantea, claro está, una versión juguetona. Tanteos de la palabra: en el verso nueve hay acento en "ésta", pero el demostrativo se refiere a "pasión" (verso siguiente); por lo tanto eximo del acento a la versión. Y si en el último verso no hay acento en "solo", la tilde será hallada en una versión más precisa (¿la traducción del original?) con el nombre de Ezra Pound al pie:

*¿Qué es lo que ellos saben del Amor y qué pueden comprender?*

*Si no comprenden más la Poesía, si no sienten más la Música, qué pueden saber de esta pasión en comparación a la cual la rosa es grosera y el perfume de las violetas tan sólo un trueno.<sup>8</sup>*

¿Es esta la versión "correcta" en español? En poesía no existe tal cosa, aunque sí cuenta, y mucho, la versión adecuada a una lengua, a su ritmo, a sus insinuaciones. No sé de qué parte de la vasta obra de Pound extrajo Hernández el texto precedente. En nuestra lengua suena mejor en prosa que en verso y no hay lugar a discusión.

Veamos, para terminar nuestro divertimento, unas versiones del poema sobre Nueva York y después comparémoslas con la propuesta tan personalísima de Hernández. Empecemos con el original en inglés, que cito de la antología bilingüe prologada por Jaime Ferrán:

N.Y.

My City, my beloved, my white! Ah, slender,  
Listen! Listen to me, and I will breathe into thee a soul.  
Delicately upon the reed, attend me!

7 *Vox horrisona* (Lima: Punto y trama, 1983), p. 512, la da como poema de Hernández y no como traducción.

8 *Archivo Luis Hernández*, Xba6, p. 005.

*Now do I know that I am mad,  
For there are a million people surly with traffic;  
This is no maid.  
Neither could I play upon a reed if I had one.*

My City, my beloved,  
Thou art a maid with no breasts,  
Thou art slender as a silver reed.  
Listen to me, attend me!  
And I will breathe into thee a soul,  
and thou shalt live for ever.

N.Y.

¡Ciudad mía, mi amor, blanca mía! ¡Ah, esbelta,  
óyeme! Óyeme y un alma te infundirá mi soplo.  
Suavemente en el caramillo, ¡escúchame!

*Ahora sí que estoy completamente loco  
porque hay aquí un millón de personas que se agitan furiosas.  
No es ésta una doncella.  
Ni podría tocar, si lo tuviera, un caramillo.*

Ciudad mía, mi amada.  
Eras una doncella todavía sin pechos,  
esbelta como un caramillo de plata.  
¡Óyeme, escúchame!  
y un alma con mi soplo te daré  
y vivirás eternamente.<sup>9</sup>

Pasemos ahora a las versiones que Ricardo Silva Santisteban y José Coronel Urtecho y Ernesto Cardenal ofrecen del poema neoyorquino:

<sup>9</sup> Introducción a Ezra Pound. *Antología general de textos*. Versiones de Carmen R. de Velasco y Jaime Ferrán (Barcelona: Barral editores / Ediciones de bolsillo, 1973), pp. 32 y 33.

N.Y.

¡Ciudad, amada mía, pura!  
¡Ah, esbelta, oye!  
Escúchame y he de infundirte un alma.  
¡Óyeme, suavemente, en los caramillos!

*Ahora sé que estoy loco  
porque hay aquí un millón de personas iracundas contra el  
tráfico;  
esta no es una doncella.  
Ni podría, aunque lo tuviese, tañer un caramillo.*

Ciudad, amada mía,  
doncella sin pechos,  
esbelta cual caramillo de plata.  
¡Escúchame, óyeme!  
He de infundirte un alma,  
y habrás de vivir eternamente.<sup>10</sup>

N.Y.

¡Mi Ciudad, mi amada, mi blanca! ¡Ah, esbelta,  
Escucha! Escúchame, y yo soplaré dentro de ti un alma.  
¡Delicadamente ante la caña, atiéndeme!

*Ahora sí sé yo que estoy loco,  
Porque aquí hay un millón de gentes con la furia  
del tráfico;  
Esto no es una doncella.  
Ni yo podría tocar una caña si la tuviera.*

Mi Ciudad, mi amada,  
Eres una doncella sin pechos,  
Eres esbelta como una caña de plata.  
¡Escúchame, atiéndeme!

<sup>10</sup> *Personae*, ob.cit., p. 72.

Y yo soplaré dentro de ti un alma  
y vivirás para siempre.<sup>11</sup>

Estas versiones se mantienen cerca del original y hasta puede decirse que se mantienen más cerca de ellas mismas. Tres estrofas, la del medio en cursiva: es un asunto de fidelidad al texto de Pound. Pero habría que preguntarse si la libertad de representación que se toma Hernández en este caso expresaría algo que excede al juego. ¿O es que Hernández trata de enmendarle la plana al mismísimo Ezra? Quién sabe. Las dos estrofas delgaditas se apartan del original y se aproximan a los poemas “objetivistas” de George Oppen y Louis Zukofsky o se inclinan hacia el coloquialismo del doctor William Carlos Williams. Aquí su “New York” se lee en cascada o en dicción de tarjeta postal:

Mi ciudad  
Mi amada  
Mi blanca!  
Ah, esbelta.  
Oye! Óyeme  
Yo pondré  
En ti un alma  
Delicadamente  
Sobre la caña  
Óyeme  
Ahora sé  
Que soy un loco  
Porque aquí  
Hay un millón  
De gente  
Con tráfico  
Y esto  
No es una doncella  
Ni tocaría  
Flauta  
Así la tuviera  
Mi ciudad

11 Ezra Pound: *Antología*, ob.cit, p. 40.

Mi amada  
Tú eres  
Una doncella  
Delgada  
Tú eres esbelta  
Como una flauta de plata  
Óyeme  
Y yo  
Pondré en ti  
Un alma  
Y así vivirás  
Por siempre<sup>12</sup>

Si el caramillo es instrumento campestre, recordemos que Hernández, amén del piano, tocaba la flauta. ¿O sería una melancólica quena? Aquí la estructura se alarga como un instrumento de viento cuya “esbeltez” evidencia un tipo de elección rítmica. Es decir que “vemos” el poema a la par que lo estamos leyendo. Digámoslo así: el par de pronunciamientos evocan, en la silueta del verbo, los contornos de la ciudad. El interlocutor se transfigura mucho más en la versión bipartita de Hernández porque se acentúa el contraste: *Y esto / No es una doncella [...] Tú eres / Una doncella / Delgada*. Las versiones de tres estrofas recuperan algo del original, le son fieles. Pero el poema de Hernández, me parece, le plantea un dilema a Pound. Y que el reclamo se produzca en el hálito –soplo del alma– que las palabras a tientas rasguñan, en ese punto donde la poesía no parece exhalación de lenguaje sino testimonio de los sentidos.

(Seattle, octubre de 2007)

12 *Archivo Luis Hernández*, Xb02, pp. 33-37, tres caligrafías en azul y rojo. La edición de *Vox horrisona*, 1983, pp. 129-130, da el texto como poema de Hernández y no como traducción. Hay además otra disposición estrófica y los versos *Tú eres / Una doncella / Delgada* han sido transcritos de otra manera: *Tú eres doncella / Delgada*.

## Otros autores

Si guiendo con uno de sus propósitos que es el de difundir la poesía que se viene produciendo en los últimos años en Hispanoamérica, *Fórnix* entrega este número dedicado a la poesía de España. En principio lo hace con el último texto, rigurosamente inédito, que ha escrito Antonio Gamoneda (1931), Premio Cervantes 2006, cuya obra completa aparece en *Esta luz: poesía reunida: (1947-2004)* [Barcelona: Galaxia Gutenberg: Círculo de Lectores, 2004]. Lo acompañan una serie de escritores de primera línea como, por ejemplo, es el caso de Juan Carlos Mestre (1957), autor, entre otros, de *La tumba de Keats*, que después de *Poeta en Nueva York* de García Lorca, es probablemente el libro más importante del siglo XX publicado en España. Junto a ellos aparecen Rodolfo Häsler (1958), que acaba de lanzar *Cabeza de ébano* (2007); el poeta y crítico Juan Gonzáles Soto (Ávila, 1959), autor de *Lugar cerrado* (2004) y que actualmente prepara un libro-homenaje a Manuel Scorza; Marta López Luaces (La Coruña, 1964), también crítica y codirectora de la revista *Galerna*, de la Universidad de Montclair (Nueva Jersey); Rosa Lentini (Barcelona, 1957), traductora y coeditora de Ediciones Igitur y fundadora de las revistas *Asimetría* y *Hora de poesía*; José Ángel Cilleruelo (Barcelona, 1960), traductor de poetas brasileños y portugueses y cuyo último poemario es *Formas débiles* (2004); Ester Zarraluki (Barcelona, 1956), quien forma parte de la redacción de la revista *BarcelonaPoesía080* y que en el 2005 publicó *El fruto oscuro*; y María Ángeles Maeso (Soria, 1955), ganadora del Premio de Poesía León Felipe por *Vamos, vemos* (2003).

Mención especial es la muestra de poesía española joven preparada especialmente para *Fórnix* por Juan Carlos Reche (Córdoba, 1976), notable poeta, traductor y, hasta el 2006, codirector de la colección de poesía *4 estaciones*. La muestra, que no antología, está compuesta de poetas que escriben en castellano, nacidos entre 1971 y 1976 y que, en opinión de Reche, se distinguen de sus contemporáneos porque tienen “un índice de interés alto por lo que aportan a la poesía y al tiempo en el que vivimos”. Una propuesta reveladora, arriesgada y que sin duda dará que hablar.

De otro lado, varios poetas del Río de la Plata son de la partida en este número. Daniel Chirom (Buenos Aires, 1955) es director de la revista internacional *El Jabalí* y una muestra general de su poesía

ha aparecido por la editorial Legis de Bogotá bajo el nombre *Manjar del exilio* (2005). Viviana Paletta (Buenos Aires, 1967), reside desde 1991 en Madrid, donde publicó *El patrimonio del aire* (2003); dirige la colección de narrativa breve de la editorial Páginas de Espuma. De Bea Lunazzi (Buenos Aires, 1969) en el 2003 Barataria editó *Paisaje en el paisaje* y los textos publicados aquí pertenecen a su segundo libro, de inminente aparición. Por su parte, del poeta, narrador, ensayista y traductor Rodolfo Alonso (Buenos Aires, 1934) damos a conocer su ajustada versión de algunos textos del gran poeta italiano Umberto Saba (1883-1957). Por último, Jorge Arbeleche (Montevideo, 1943) nos entrega tres inéditos de una nueva colección aún innominada.

Fernando Herrera (Medellín, 1958), habitual colaborador de esta revista, acaba de obtener el Premi Nacional de Poesía con su libro, aún sin publicar, *Breviario de Santana*, del cual se adelanta aquí algunos fragmentos. De otro lado, Niels Hav (1949) es uno de los poetas y narradores más importantes de Dinamarca; se entrega aquí la versión de un cuento suyo debida a la videasta y traductora peruana Patricia Davelouis.

Por último, de Perú, se reúne aquí a las poetas Denisse Vega (Trujillo, 1986), autora de *Euritmia* (2005) y a Andrea Cabel (Lima, 1982), quien el año pasado reeditó *Las falsas actitudes del agua* (2006). Por su parte, Bruno Podestá (Lima, 1946), escritor y actual agregado cultural del Perú en Montevideo, publicó en el 2005 su segundo libro de relatos *A propósito del silencio*. El cuento que aquí damos a conocer pertenece a su nuevo libro, de próxima aparición: *La invención de Lucía*. Edgar O'Hara, poeta, editor y ensayista, con larga estadía en Seattle, es, entre otras cosas, el mayor especialista en la obra de Luis Hernández, a cuya poesía vuelve ahora para ponerla en relación con la de Ezra Pound, “Viejo fioca, / Mi amigo inconfesable” (Hernández *dixit*) (RS).